

Várnagy, Tomás. Introducción. En publicación: Fortuna y Virtud en al República Democrática. Ensayos sobre Maquiavelo. Tomás Várnagy CLACSO, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Ciudad Autónoma de Buenos Aires, Argentina. 2000. ISBN: 950-9231-54-1

Disponible en la web: <http://bibliotecavirtual.clacso.org.ar/ar/libros/maquiavelo/intro.pdf>

Fuente: Biblioteca Virtual de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe de la red CLACSO - <http://www.clacso.org.ar/biblioteca>

Introducción

☞ Tomás Várnagy*

Nicolás Maquiavelo
por amor a la patria
“ha orinado en tantas nieves”.
Epitafio compuesto por amigos.

Tanto nomini nullum par elogium,
Nicolaus Machiavelli.
[Ningún epitafio iguala a tan gran nombre,
Nicolás Maquiavelo.]
Inscripción en la tumba.

En los últimos quinientos años muy pocos nombres (e ideas asociadas a los mismos) en la historia de Europa han causado mayores desacuerdos y controversias que el de Nicolás Maquiavelo¹ y todos los que han escrito sobre él, desde diferentes perspectivas, lo consideran como uno de los pensadores más importantes de su siglo. Quien lo lea hoy no puede menos que sentir que las cuestiones que él debate siguen siendo las de nuestra propia época. ¿Quién era el Secretario Florentino? Se define en una carta a Francisco Guicciardini como “... historiador, cómico y trágico...” (E: 21 octubre 1525)^{**}. Fue, indudablemente, un hombre fascinante, ciudadano y funcionario, político y teórico, poeta e historiador, autor de obras teatrales, hombre de acción y de meditación.

La razón por la cual continúa el vigor de la polémica acerca de los temas de su obra es porque cada generación debe repreguntarse las mismas cuestiones que él analizó: ¿Cuál es la función y naturaleza del Estado? ¿Cuál es el papel de la violencia y el consenso? ¿Cuál es la mejor forma de gobierno? ¿Cómo se logra el bien común? ¿Qué relación existe entre el conflicto, el orden y la libertad? ¿Puede haber una ciencia política que prevenga a los gobernantes? ¿En qué medida in-

* Profesor de Teoría Política y Social I y II, Carrera de Ciencia Política, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires.

** En adelante, E: *Epistolario* (se indican fechas de las cartas), P: *El Príncipe* (capítulos), D: *Discursos* (libros y capítulos), A: *Del arte de la guerra* (libros), B: *Escritos políticos breves* (las numeraciones corresponden a las divisiones de la edición utilizada). Consultar bibliografía.

fluyen los factores subjetivos y objetivos en la política? ¿Existe una relación entre ética y política, entre el ser y el deber ser? ¿Qué rol deben cumplir la Iglesia, la religión, los militares? ¿Qué es más importante, la patria o el individuo?

Contexto histórico

Desde el siglo XV hasta el XVI se produce una serie de transformaciones que convulsionan a Europa occidental en un período que conocemos como el Renacimiento, que implicó una especie de nueva era, un recuperar a los griegos y romanos y adaptarlos al nuevo espíritu de los tiempos produciendo cambios en todos los aspectos de la vida humana. Maquiavelo, al igual que Leonardo y Miguel Ángel, es una de las máximas encarnaciones del espíritu del Renacimiento italiano. En este largo ciclo de transición del feudalismo al capitalismo surgen nuevas realidades técnicas, un fuerte desarrollo económico y un gran desarrollo de las ciudades, el comercio y la manufactura; se elabora la moderna imagen del mundo gracias al descubrimiento de América, la revolución astronómica de Copérnico y Kepler y el desarrollo de ciencias inductivas y experimentales como la física de Galileo; existe una nueva representación y exaltación de la naturaleza en donde la visión del mundo medieval que mira hacia un más allá es sustituida por una realidad que hay que explorar y dominar, un redescubrimiento cultural de la antigüedad pagana y una revalorización del hombre con el surgimiento del individualismo, sumándose al desarrollo de las lenguas vernáculas y a la renovación del pensamiento religioso con la Reforma que, entre otras cuestiones, niega las jerarquías de Roma.

En el aspecto político nos encontramos, en primer lugar, con la declinación del feudalismo y el comienzo del fin de la fragmentación política junto con la aparición y crecimiento de las monarquías absolutas -en España, Francia e Inglaterra- que reducen a la impotencia a los señores y asambleas feudales; en segundo lugar, el desarrollo de una cultura y una política cada vez más secularizada acompañada de críticas a la Iglesia de Roma, que tendrá su máxima expresión en la Reforma y en la ruptura de la presunta unidad europea bajo la hegemonía del Papado; y, finalmente, la nueva conciencia del hombre que labra su peculiar destino creando su propia historia y dejando atrás la idea de ser el centro de un universo creado y dirigido por Dios. La extraordinaria vitalidad del Renacimiento origina modos de meditación política que se extienden desde los extremos del más resuelto realismo hasta los del utopismo. Esta tendencia a la consolidación y unión fue un hecho en los países mencionados, pero no se dio en la Italia de Maquiavelo, dividida en numerosos principados feudales, ciudades libres, reinos, repúblicas, ducados y otras unidades políticas que no lograron la unificación hasta la segunda mitad del siglo XIX.

División de Italia

Ningún Estado italiano era estable, pues cualquier ciudad pequeña podía ser atacada por algún vecino poderoso; algunos mercenarios² exitosos se erigían en gobernantes y las luchas políticas internas terminaban en tumultos y huidas precipitadas; los exiliados, tales como los Médicis florentinos, intrigaban con amigos y extraños dentro y fuera de la ciudad hasta poder derrocar a sus oponentes y regresar. Además, las ciudades conquistadas frecuentemente se rebelaban en contra de sus dominadores cuando se presentaba una oportunidad favorable. La moralidad en la política llegaba a un nivel muy bajo y las circunstancias obligaban a la violencia y la crueldad debido a las ambiciones de los rivales y a las poderosas influencias de los nobles. A las luchas intestinas entre las diferentes facciones y las querellas entre las unidades políticas soberanas se añadían los intereses de las potencias europeas para lograr una tajada de la apetitosa torta italiana.

Las cinco principales potencias en la península eran: el reino de Nápoles, los territorios de la Iglesia de Roma, la república de Florencia, el ducado de Milán y la república de Venecia, junto con muchas otras unidades políticas menores entre las cuales existía un relativo equilibrio de poder. Los cinco grandes buscaban expandir su autoridad territorial y, como resultado, se pasó de las luchas internas de períodos anteriores a conflictos con potencias vecinas, fuesen repúblicas o Estados despóticos. Por ejemplo, la expansión comercial de Florencia estuvo detenida hasta que logró una salida al mar en las costas occidentales conquistando Pisa en 1406 y comprando Livorno a los genoveses en 1421, con lo que se obtuvo el control de la costa toscana.

El reino de Nápoles incluía el sur de Italia con excepción de Sicilia, que pertenecía a Fernando de España. Carlos VIII de Francia marchó a Nápoles a través de Italia en 1494-95 encontrando muy poca resistencia. Luego Fernando expulsó a los franceses y, más tarde, acordó con Luis XII (sucesor de Carlos) dividirse Nápoles (P: 3) pero, posteriormente, fueron a la guerra y los franceses resultaron nuevamente echados. El sucesor de la corona española, el rey Carlos I, luego emperador Carlos V, fue uno de los más poderosos monarcas del continente y mantuvo su poderío en el sur de Italia.

Los Estados Papales también eran un factor de poder importante en toda la Europa católica y el Papa poseía un considerable territorio en el centro de la península. La efectividad de la soberanía papal dependía de su carácter y personalidad, que podía tener o no autoridad sobre las ciudades y baronías sujetas a él. Además, los cambios de Papa ocurrían con mucha mayor frecuencia que en otros Estados debido a la avanzada edad en la cual eran electos; y, por ejemplo, Alejandro VI quiso ayudar en todo lo posible a su hijo César Borgia, pero un Papa posterior a la muerte de aquél, Julio II, hizo todo lo posible para arruinarlo.

La mayoría de los territorios de la Iglesia de Roma estaban dominadas por jefes mercenarios y, por otro lado, tanto Milán como Venecia amenazaban territo-

rios del Papa, al mismo tiempo que existían constantes fricciones en la frontera con Florencia. La decisión del Papa Eugenio IV de coronar a Alfonso de Aragón como rey de Nápoles fortaleció la seguridad de Roma y, hacia mediados del siglo XV, el Papa era tan poderoso que era tratado como un igual entre las otras potencias de la península. Los papas comenzaron a utilizar a miembros de su familia para controlar sus posesiones y pronto se realizaron acusaciones de nepotismo que aumentaron el descontento de los reformadores en el siglo XVI. El mayor ímpetu, en esta tendencia, se dio a través de las conquistas de César Borgia, hijo ilegítimo del Papa Alejandro VI.

Al norte de Roma estaba la región de Toscana, dominada por la rica ciudad de Florencia, que se había extendido gradualmente durante siglos a través de la conquista. No era fácil mantener el fuerte espíritu de independencia de muchos pueblos y aldeas toscanas, que eran súbditos remisos. Pisa, por ejemplo, se liberó de Florencia con la asistencia de Carlos VIII en 1494 y mantuvo su libertad con las armas hasta 1509. La ciudad de Siena, por otro lado, era independiente.

En el noroeste encontramos el ducado y la ciudad de Milán, con Francisco Sforza que llegó al poder en 1450 y conquistó Génova en 1463, cultivando una estrecha relación con Francia. Su hijo, el duque Galeazzo, gobernó de 1466 a 1476, pero carecía de la competencia de su padre y fue asesinado por un grupo de conspiradores, aunque los sentimientos republicanos ya habían desaparecido después de tantos años de gobierno principesco. El hijo del duque era menor y su madre fue entonces la regente, pero en 1480 Ludovico el Moro, su tío, la echó con ayuda del Papa y del rey de Francia.

La república de Venecia debía su riqueza principalmente al comercio marítimo y, en realidad, era una oligarquía, uno de los gobiernos más celebrados y administrativamente eficientes del mundo renacentista. Sus territorios eran el resultado de conquistas por parte de tropas mercenarias de quienes dependía su defensa, por lo cual no hubo una consolidación efectiva. Maquiavelo menciona que los venecianos perdieron en una batalla (Valiá) lo que habían conquistado en ocho siglos. Pese a esta derrota, y otra en 1513 (Vicenza), Venecia siguió siendo un Estado poderoso y mantuvo un lugar prominente en los asuntos italianos.

Intereses extranjeros

Las naciones de Europa se expandían a costa de sus vecinos. Francia y España rivalizaban en sus propias fronteras y varios ejércitos de allende los Alpes descendieron repetidas veces sobre una Italia desunida y desprotegida. La complejidad no estaba solamente en estos cinco Estados y otros más pequeños como Luca, Mantua y Ferrara, sino en la relación de cada uno de ellos con los países fuera de la península. Nápoles, como parte de los dominios de Carlos V, rey de España y Emperador del Sacro Imperio Romano, era muy diferente a una Nápoles

bajo un rey limitado al sur de Italia. La intervención de potencias foráneas, además de incitar a las luchas internas en la península con el objeto de lograr poderío e influencia en la zona, convirtieron a Italia en el campo de batalla en el cual se dirimían sus antagonismos³.

Los emperadores del Sacro Imperio, esencialmente germanos, creían tener ciertos derechos sobre territorios italianos y la intervención en su política interna, a consecuencia de anteriores procesos de luchas y anexiones. En 1527 el Papa Clemente VII, después de enfrentar las fuerzas del Emperador en el reino de Nápoles, hizo una tregua con Carlos V, pero su ejército en el norte, compuesto principalmente por alemanes, marchó a Roma y saqueó la ciudad. Los suizos controlaban muchas zonas de habla italiana en la frontera y figuran en la historia como mercenarios de gran eficacia, que eran reclutados por su propio gobierno y pagados por extranjeros que debían hacer arreglos con las autoridades suizas. Este ejército de ciudadanos fue de especial interés para Maquiavelo, quien estimaba a sus soldados como los mejores ya que eran infantes muy disciplinados y aguerridos.

Francia, paradigma del Estado centralizado, era muy poderosa en la Italia de la época. El empleador de Maquiavelo, el confaloniero⁴ (primer magistrado o jefe de gobierno) Pedro Soderini, era un firme creyente en una alianza con los galos. Luis XI logra la unificación de Francia y su sucesor, Carlos VIII, comienza a extender sus dominios a costa de los italianos, reclamando Nápoles y Milán, lo cual tenía una gran importancia para toda la península pues podían aparecer tropas francesas en tránsito en cualquier punto y en cualquier momento. Carlos VIII es coronado rey de Nápoles en 1495.

El rey de España, Alfonso I el Magnánimo, gobernó Nápoles y Sicilia -reunificados por primera vez en un siglo y medio-, siendo un poderoso monarca del Mediterráneo occidental. Reforzado por la coronación papal, buscó aliados en el resto de Italia. Asu muerte en 1458 sus posesiones se dividieron: Aragón y Sicilia por un lado, y Nápoles por el otro, lo cual debilitó a este reino, cuya cabeza, Fernando I, resultó ser cruel e incompetente, provocando que sus súbditos más poderosos, siempre cerca de la revuelta, pensaran nuevamente en resucitar los viejos reclamos de la dinastía francesa de Anjou. Luego Carlos I gobernó Nápoles, Sicilia y Sardinia y, cuando se convirtió en Carlos V, también rigió Alemania; además, como un importante país católico, fácilmente asequible por vía marítima y con un Papa español -Alejandro VI (Rodrigo Borgia, en realidad *Borja*)- estaba siempre muy presente en la política italiana. La derrota de los franceses, a principios del siglo XVI, consolidó el predominio de los españoles en la península.

Florenia

Debido a su ubicación en el centro de Italia, Florenia se enfrentaba regularmente con príncipes agresivos que desde el norte y el sur deseaban expandir sus

dominios. Las provocaciones de Visconti (Milán) y de Ladislao (Nápoles) en el siglo XV hicieron que los florentinos sintieran gravemente amenazada su independencia. A partir de la década de 1430 la familia de los Médicis va afianzando su poder en Florencia y, Cosme, un banquero, se hace dueño de Toscana (excepto Luca y Siena) y rige sus destinos hasta 1464. Mientras se producía la centralización de los Estados Papales y se reforzaban los gobiernos principescos en Milán y Nápoles, al republicanismo de Florencia no le iba muy bien pues, bajo la disfrazada dictadura de los Médicis, tendía a parecerse a los otros despotismos peninsulares.

Cosme controlaba los asuntos florentinos más como un gran jefe político con apoyo popular que como un tirano renacentista. Las formas republicanas se mantuvieron ya que siguió siendo un ciudadano privado, pero la elección de funcionarios leales a él se aseguraba eliminando de las listas a sus opositores. Mantuvo el orden y gastó gran parte de su fortuna privada en obras artísticas y arquitectónicas, lo cual le valió el reconocimiento de sus conciudadanos; fue muy hábil, además, para mantener a Florencia fuera de las guerras que tanto habían sufrido sus habitantes. Pese a su popularidad, su dominio implicó un gran cambio en el clima político de la ciudad. El manejo de la cosa pública por parte de ciudadanos activos gradualmente dio lugar al gobierno de una burocracia que respondía a él. Leonardo Bruni, canciller de la república, pasaba más tiempo leyendo a Platón que celebrando los beneficios de la libertad republicana.

El mismo año que nace Maquiavelo (1469) toma el poder el sucesor de Cosme, Lorenzo de Médicis⁵, el Magnífico, quien conservó las formas constitucionales ejerciendo su autoridad a través de la influencia que tenía sobre los oficiales públicos formalmente elegidos. Muere en 1492, luego de lo cual los Médicis son expulsados, instaurándose una nueva república reformada por Jerónimo Savonarola en 1494, que inició una cruzada en contra del vicio, predominante en la ciudad. La principal innovación fue la creación del Consejo Grande o Mayor (entre 500 y 2.500 miembros) agregado a la Señoría y al Confaloniero de Justicia, una especie de poder ejecutivo. Además, hubo una considerable ampliación del padrón electoral, con admisión en gran escala (relativa a la época) de elementos no aristocráticos.

Tres facciones se enfrentaron con violencia: los “frailecos” o “llorones”, partidarios de un gobierno amplio y “democrático” (a escala de la época) que apoyaban a Savonarola; los “furiosos” o “magnates”, defensores de un gobierno restringido a muy pocos; y los “grises” o “bolas” (por las que figuraban en el escudo de los Médicis) que apoyaban a esta familia. Florencia, aliada de los franceses e inmersa en las luchas y guerras en la península italiana, tuvo que enfrentarse y/o pactar con distintos enemigos internos y externos. El dominio de Savonarola finaliza en la hoguera en 1498, comenzando a continuación un nuevo período republicano en el cual Maquiavelo trabajó y desempeñó un activo papel po-

lítico⁶. Florencia era un Estado con funciones de gobierno local y “nacional” pues, además de ser una ciudad en el centro de la región de Toscana, era también un Estado independiente con ejército y política exterior propios. Fue una república durante la mayor parte de su historia, pero de unos 120.000 habitantes estimados para la época, solamente unos 3.000 eran ciudadanos de derecho pleno y esa cifra era considerada, por algunos, como peligrosamente democrática.

El sistema político florentino era poco eficiente y ya había sido satirizado por Dante; además, tenía que vérselas con territorios sometidos, tales como la rebelde ciudad de Pisa o las fortalezas que aseguraban el camino a Siena. Uno de sus problemas principales era la falta de continuidad en la administración pública por los frecuentes cambios en el ejecutivo. Una tentativa para remediar esta situación fue nombrar, en 1502, a Pedro Soderini en confaloniero de por vida en lugar de los dos meses acostumbrados. Esta ineficiencia y las diferentes alianzas políticas hicieron que el posterior restablecimiento de los Médicis en 1512, con el consiguiente fin de la república, fuese inevitable. Lorenzo II de Médicis se hace cargo del gobierno de Florencia en 1513, con instrucciones de su tío, el Papa León X, y delinear una señoría moderada. A fin de ese año se publica la nueva constitución de Florencia que implica el poder de una elite sistematizado en una serie de organismos que se eligen unos a otros, o sea, algo muy similar al período anterior en el cual gobernaban los Médicis.

Vida y obra

Nicolás Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469. Provenía de una antigua familia de la pequeña nobleza y poco se conoce de sus primeros años de vida. Su educación fue adecuada, recibiendo una aceptable formación humanística, aunque no llegó a aprender el griego. En 1498, a los veintinueve años, obtiene un puesto público en el momento en que Florencia era una república, trabajando durante catorce años al servicio de la ciudad con crecientes influencias y responsabilidades como jefe de la Segunda Cancillería, secretario de los Diez, o de la Señoría. Con la acumulación de estos cargos se convierte en uno de los funcionarios más importantes del gobierno, equivalente moderno a la jefatura de asuntos interiores, secretario de guerra y de relaciones exteriores. Comienza un período de actividad que le dio un admirable conocimiento de los asuntos internos y externos de su república y sus deberes lo llevaron frecuentemente a diferentes partes de la península e incluso a Francia, Suiza y Alemania.

Su misión más notable fue acompañar, como agente diplomático florentino, a César Borgia⁷ en 1502, siendo ésta una inmejorable oportunidad para observar a un líder capaz y ser testigo de sus acciones; luego, en 1506 acompañó al aguerrido Papa Julio II. Además de estos viajes, tuvo importantes tareas en el territorio de Florencia: en 1506 y 1507 se dedicó a la leva de milicias, siendo el principal impulsor de la creación de un ejército nacional florentino; posteriormente, se

entrevistó con el Emperador Maximiliano en Tirol en diciembre de 1507. A su regreso se ocupó de la guerra con Pisa y, aunque sólo era un secretario, sus tareas fueron importantes: se cree que la caída de esta ciudad en 1509 se debió, en gran parte, a la tarea realizada por Maquiavelo que, omnipresente, organizó el reclutamiento y adiestramiento de los infantes, escribió centenares de cartas y cuidó cada detalle sin olvidar el frente de guerra ni el frente interno. Aquí puso en práctica una de sus ideas favoritas, la utilización del soldado-ciudadano, estrategia que ya había recomendado en Florencia en épocas previas.

Debido a que la administración a la cual servía dependía de la exclusión de los Médicis, necesariamente tuvo que actuar en contra de esa poderosa familia; pero, cuando ellos retornaron a Florencia en 1512, no escapó con la esperanza de mantener su trabajo, en el cual permaneció por casi dos meses después de la conformación de la *balia*, un comité con poder a través del cual los Médicis ejercían su autoridad en un gobierno que poco parecía haber cambiado.

Por un lado, debe tenerse en cuenta que los Médicis no llegaron como tiranos despóticos que esclavizaron a un pueblo enteramente libre; habían sido los gobernantes tradicionales de la ciudad, echados dieciocho años antes luego de un largo período en el poder. Su alejamiento fue lamentado por muchos y su regreso era deseado por una importante parte de la población; de hecho, su retorno no fue atacando a la ciudad sino producto de negociaciones. Por otro lado, Maquiavelo nunca había estado satisfecho con el sistema de gobierno florentino que, de malo, "... se convirtió en pésimo..." (D: I, 49) y creía que nunca había sido una república en el sentido pleno del término. No se trataba de la disyuntiva entre una auténtica república y una tiranía despótica, ya que había bastantes similitudes entre el gobierno anterior (Soderini) y el actual de los Médicis. Esta es una de las razones por las cuales *El Príncipe* está dedicado a Lorenzo II, "... [y] si la fortuna hubiera querido que los Médicis me hubiesen empleado alguna vez en algo, o en las cosas de Florencia o en cosas de fuera, estaría contento..." (E: 20 diciembre 1514).

Fue echado de su trabajo y se le prohibió la entrada a cualquier edificio público; luego fue acusado de conjurar contra los Médicis, procesado, torturado y encarcelado; posteriormente, fue puesto en libertad y obligado a retirarse a su finca cerca de San Casciano. Cuenta, en una de las más célebres cartas de la literatura italiana que, en su retiro forzoso, iba a cazar tordos por la mañana, revisaba los trabajos del día anterior, visitaba una hostería para "encanallarse" jugando a las cartas y, por la noche, regresaba a su casa y entraba en el escritorio para ser recibido por los antiguos hombres con quienes entablaba un diálogo. Después de este párrafo comenta que "... he compuesto un opúsculo *De Principatibus*, donde profundizo todo lo que puedo en las meditaciones sobre este tema..." (E: 10 diciembre 1513).

Los Médicis tienen una oportunidad para beneficiar a la ciudad y aparecer como sus segundos fundadores a la par de Rómulo, Licurgo o Solón. Con esta idea Maquiavelo sugirió posteriormente una constitución para Florencia que ase-

guraría un buen gobierno, ya que en ella no era posible el despotismo. El poder absoluto no era más que un mecanismo temporario que aseguraba ese fin, un instrumento para el bien de Florencia e Italia, no un fin en sí mismo. El entusiasmo del Secretario chocó con el poco interés de los Médicis y la falta de auténtico republicanismo entre los florentinos.

Más tarde, Maquiavelo es empleado por los Médicis y se le solicitan sugerencias para una nueva constitución de Florencia en dos oportunidades, de lo cual resultan el *Discurso sobre los asuntos de Florencia después de la muerte de Lorenzo de Médicis El Joven* (1520) y la *Minuta de disposiciones para la reforma del Estado de Florencia* (1522). Acepta el gobierno de los Médicis como una monarquía, pero se prepara para una administración republicana después de la muerte de los miembros de esta dinastía.

En 1520 se le asigna la tarea de escribir una *Historia de Florencia* con la aprobación del Cardenal Julio de Médicis, el futuro Papa Clemente VII, y dedicado a él una vez terminada la obra en 1525. A instancias de éste fue enviado a examinar con Guicciardini, gobernador papal en la Romaña, su vieja idea de milicias ciudadanas como sustitutos de los mercenarios; además, los peligros de un ataque a Florencia hicieron que Clemente considerase su defensa y reforzara las murallas de la ciudad, siendo Maquiavelo uno de los elegidos para inspeccionarlas. Otra revolución florentina, en 1527, lo aleja de sus cargos por su cercanía con los Médicis y muere el 22 de junio de ese año, siendo enterrado en la iglesia de Santa Croce.

Cronología de la obra

Los años a la izquierda indican composición, estreno o publicación. Téngase en cuenta que la fecha de algunos escritos sigue siendo materia de controversias eruditas. No se incluye la totalidad de la obra de Maquiavelo.

- 1499 *Discurso sobre Pisa*. Informe. (En adelante IN, también “despacho”, “crónica”, “proyecto” o “resolución”).
- 1500 Comienza a escribir *Del carácter de los franceses*. IN.
- 1501 *Discurso sobre la paz entre el emperador y el rey*. IN.
- 1502 *De los asuntos de Pistoia*. IN.
- 1503 *De la manera de tratar a los pueblos sublevados del valle del Chiana*. IN.
La traición del duque Valentino a Vitellozzo Vitelli, Oliverotto de Fermo y otros. IN.
Algunas palabras que decir acerca de la disposición del dinero, luego de haber hecho un breve proemio y una disculpa. IN.
- 1504 *Década primera* [o *Primer Decenal*]. Relato en verso de los últimos diez años de historia de Florencia. Su primer obra impresa fechable (1506).

- 1506 *Cuál es el motivo de las Ordenanzas, dónde se encuentra y qué es lo que se debe hacer.* IN.
Ordenanzas de la milicia florentina. IN.
- 1508 *Informe sobre los asuntos de Alemania realizado el día 17 de junio de 1508.* IN.
- 1509 *Disposiciones para la reconquista de Pisa.* IN.
Discurso sobre los asuntos de Alemania y sobre el emperador. IN.
Década segunda [o Segundo Decenal]. Crónica en verso inconclusa de la historia de Florencia de 1505 a 1509.
- 1510 *Retrato de los asuntos de Francia.* IN.
- 1511 *Fantasia sobre Jacobo Savello.* IN.
- 1512 *Retrato de los asuntos de Alemania.* IN.
Sobre la distribución de la caballería de Ordenanza florentina. IN.
Tomad buena nota de este escrito. A los Pallechi. IN.
- 1513 Comienza a redactar los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* [en adelante *Discursos*], pero escribe, rápidamente, *El Príncipe*, ambos tratados de política.
Andria. Comedia traducida de Terencio.
- 1515 *Fantasías sobre las Ordenanzas.* Conclusión de IN de 1512 (*Sobre...*).
- 1516 Comienza a escribir *Del arte de la guerra.* Tratado militar en forma de diálogo.
- 1517 *El asno.* Sátira política inconclusa en verso, también llamada *El asno de oro* debido a su similitud con la obra de Apuleyo.
- 1518 *La mandrágora.* Comedia teatral.
El diálogo sobre nuestra lengua. Ensayo⁸.
Belfagor, el diablo que tomó esposa. Comedia en prosa.
- 1519 *Alocución dirigida a una Magistratura.* Borrador.
- 1520 *Sumario de los asuntos de la ciudad de Luca.* Informe político.
Vida de Castruccio Castracane de Luca. Corta biografía novelada de un notorio jefe gibelino⁹ del siglo XIV.
Discurso sobre los asuntos de Florencia después de la muerte de Lorenzo de Médicis el Joven. Informe político.
De la ocasión. Capítulo.
Exitoso estreno en Florencia de *La mandrágora.*
- 1521 Publicación de *Del arte de la guerra.*
- 1522 *Minuta de disposiciones para la reforma del Estado de Florencia.* Proyecto de constitución.
- 1523 Comienza a redactar la *Historia de Florencia.* Historia desde el 375 hasta 1492.
- 1525 Estreno de *Clizia* en Florencia. Comedia basada en la *Casina* de Plauto.
- 1526 *Informe sobre una visita efectuada para fortificar Florencia.* Informe y proyecto.
Disposiciones para la institución de la Magistratura de los cinco curadores de las murallas de la ciudad de Florencia. Proyecto.
-

-
- 1527 *Exhortación a la penitencia*. Sermón¹⁰.
1531 Primera publicación de los *Discursos*.
1532 Primera publicación de *El Príncipe, Vida de Castruccio Castracane* y la *Historia de Florencia*.
1537 Primera publicación de *Clizia*.
1559 Sus obras son colocadas en el *Index* (Índice de Libros Prohibidos).
1564 Confirmación de la prohibición por el Concilio de Trento.

Pensamiento político

Estado

Todas las lenguas europeas, latinas y germánicas, e incluso el checo (no así las restantes lenguas eslavas) utilizan una palabra originada del latín, *status*, para designar al Estado. Durante siglos su significado fue “manera de estar”¹¹ y, a lo largo de la Edad Media, se utilizaron términos tales como *status reipublicae*, *status imperii*, *status regni* y *status regis*. En el siglo XIII en países como Hungría e Inglaterra, donde la noción de la corona adquirió particular importancia, se usaba *status coronae*. El significado de *status* en todos estos enunciados implicaba simplemente “situación”, “manera de estar”, “estado”.

Las tres primeras expresiones tenían el sentido de “régimen político”, designando al conjunto de gobernantes y gobernados en la posterior y repetida expresión *status regis et regni*, el estado del rey y del reino; mientras que *status regis* implicaba la función, el oficio y la dignidad reales, de donde provendrá el sentido de poder o potencia del príncipe que mantiene su “estado y señoría”, dando lugar al sentido de “gobierno”, convirtiéndose *status* en los siglos XIV y XV en sinónimos de *potestas*, *regimen* y *gubernatio*.

En suma, en la Edad Media no existía el concepto de Estado en el sentido moderno, pues la *respublica* no era otra cosa que el orden laico opuesto al de la Iglesia; el *populus*, partido de los gobernados, o la *corona*, los gobernantes, no abarcaban todo el cuerpo político; *regnum* descartaba regímenes que no eran reinos y, en los dos últimos siglos de la Edad Media, retorna el término *respublica* pero no tenía el sentido preciso de Estado.

Hacia el siglo XV, *status* o *stato* tenía únicamente el sentido de poder de mando sobre los hombres, gobierno y régimen. A finales de ese siglo y principios del XVI se impone el valor actual de “Estado” como cuerpo político sometido a un gobierno y leyes comunes. El primer sustantivo que aparece en *El Príncipe* es, justamente, “Estado” y fue Maquiavelo, profeta del moderno Estado nacional, quien le dio a esta palabra el sentido moderno, o sea, un poder central soberano e independiente al cual se subordinan todos los principios de autoridad medievales, incluso el religioso; se trata de un legislador que decide con autoridad en los

asuntos interiores y exteriores, esto es, un orden político autónomo que no admite nada superior a él y que tiene al poder como atributo distintivo.

Crueldad y consenso

El núcleo esencial del poder es la violencia, pero el Estado contemporáneo no se reduce a una simple máquina de opresión, no funciona sólo por el monopolio de la coerción física sino también por el consenso. Maquiavelo combinó ambos ingredientes, la crueldad y el apoyo del pueblo¹², y este tema de la violencia y su legitimidad atormentó su conciencia; consideraba que existían dos formas de combatir: "... la una con las leyes, la otra con la fuerza. La primera es propia del hombre, la segunda de las bestias; pero como la primera muchas veces no basta, conviene recurrir a la segunda...". Son necesarias la astucia y la fuerza, "... ser zorro para conocer las trampas y león para amedrentar a los lobos..." (P: XVIII). La persuasión, por sí sola, no es suficiente para mantener el gobierno de los Estados, también es necesaria la fuerza y la coerción y "... [é]sta es la causa de que todos los profetas armados hayan vencido y los desarmados perecido..." (P: VI).

La expresión "medicinas fuertes" fue muy utilizada en la época para expresar violencia y crueldad (P: III, VIII y XVII). La "crueldad" de Maquiavelo era, en realidad, una buena administración de ella, una economía de la violencia, una aplicación controlada de la fuerza que evita males mayores y sólo se justifica si contribuye a crear la paz y el orden en beneficio del pueblo, por eso es que "... un príncipe no debe preocuparse de la fama de cruel si a cambio mantiene a sus súbditos unidos y leales. Porque con poquísimos castigos ejemplares será más clemente que aquellos otros que, por excesiva clemencia, permiten que los desórdenes continúen, de lo cual surgen siempre asesinatos y rapiñas..." que perjudican a toda la comunidad (P: XVII). No se trata, por tanto, de justificar a los medios por el fin, sino de lograr el mal menor, una "crueldad piadosa", "bien empleada".

El Secretario Florentino considera que, además de la virtud y la fortuna, se puede llegar al principado por otras dos vías: "... por medio de acciones criminales y contrarias a toda ley humana y divina..." o "... con el favor de los ciudadanos..." de su patria (P: VIII). El ejemplo del primer caso es Agátocles, que alcanzó su objetivo con conductas criminales, violencia exacerbada y crueldad inaudita, razón por la cual el autor de *El Príncipe* -mostrando su "antimaquiavelismo"- afirmó que "... no es posible llamar virtud exterminar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, carecer de palabra, de respeto, de religión. Tales medios pueden hacer conseguir poder, pero no gloria [ya que] su feroz crueldad e inhumanidad, sus infinitas maldades, no permiten que sea celebrado entre los hombres más nobles y eminentes..." (P: VIII).

La angustia y el malestar de Maquiavelo en este punto se muestra en lo que se ha considerado como uno de los más famosos paréntesis de la literatura italia-

na, cuando escribió que "... [b]ien usadas se pueden llamar aquellas crueldades (si del mal es lícito decir bien) que se hacen de una sola vez y de golpe, por la necesidad de asegurarse, y luego ya no se insiste más en ellas, sino que se convierten en lo más útiles posible para los súbditos." (P: VIII). Lo importante es la "buena utilización" de las crueldades para lograr el bien de los ciudadanos y por ello es que recomienda "... hacer todas las ofensas de un golpe..." (D: I,46), hay que aplicarlas "... de una sola vez [para] que hagan menos daño..." y, al no renovarlas, se los tranquiliza y gana con favores (P: VIII).

César Borgia, por ejemplo, impuso el orden y pacificó sus territorios por medio de su lugarteniente, Ramiro de Orco, "... hombre cruel y expeditivo, al cual dio plenos poderes...". Al haber generado odio y "... para curar los ánimos de aquellos pueblos y ganárselos plenamente..." ejecutó y partió en dos mitades a Ramiro. "... La ferocidad del espectáculo hizo que aquellos pueblos permanecieran durante un tiempo satisfechos y estupefactos..." (P: VII). Se trató de una crueldad sabiamente administrada con la cual logró deshacerse de un peligroso rival, y el consenso y la adhesión de los habitantes, manteniendo el temor pero evitando el odio. Borgia era considerado cruel, pero esa violencia "... restableció el orden en la Romaña, restauró la unidad y la redujo a la paz y la lealtad al soberano..." (P: XVII).

La combinación de crueldad y consenso es clara en otros escritos de Maquiavelo, por ejemplo en *Del arte de la guerra* (VIII) cuando recomienda que en "... los acuartelamientos se mantendrá la disciplina con el temor y el castigo; en campaña, con la esperanza y la recompensa...". También consideraba que "... a los hombres se los ha de mimar o aplastar, pues se vengan de las ofensas ligeras ya que de las graves no pueden..." (P: III); o, en otras palabras, que a los hombres hay que acariciarlos o suprimirlos porque "... un muerto no piensa en vengarse..." (D: III,6). Además, "... donde los castigos son grandes, grandes deben ser también los premios para que los hombres tengan los mismos motivos de temor y esperanza..." (A: VI).

Como se necesita también del consenso y no sólo de la violencia, por eso es que "... para entrar en un país siempre se tiene necesidad, por más fuertes que sean los ejércitos propios, del favor de los habitantes..." (P: III). En primer lugar, el príncipe no debe agraviar al pueblo y, si carece de vicios que lo hagan aborrecer, "... es lógico que sea aceptado y respetado de manera natural..." (P: II). En segundo lugar, no es necesario que sea amado, pero sí eludir ser odiado o despreciado¹³, pues "... hacerse odiar nunca ha sido bueno para ningún príncipe..." y uno de los modos de evitarlo "... es dejar tranquilos los bienes de los súbditos..." y evitar la rapiña (D: III,19).

Los príncipes deben lograr el consenso popular, pues "... quien tiene por enemiga a la colectividad, no puede asegurarse, y cuanta más crueldad usa, tanto más débil se vuelve su principado. De modo que el mayor remedio, en este caso, es tratar de ganar la amistad del pueblo...". ¿Cómo ganárselo si es hostil a un prín-

cipe? Analizar lo que desean sus habitantes; así se encontrará que "... anhela dos cosas: una, vengarse de aquellos que tienen la culpa de su servidumbre, y la otra, recuperar su libertad..." (D: I,16). En otras palabras, "... [l]os Estados bien ordenados y los príncipes sabios han buscado con toda diligencia los medios para no reducir a la desesperación a los nobles y para dar satisfacción al pueblo y para tenerlo contento, porque ésta es una de las materias y cuestiones más importantes para un príncipe..." y concluye afirmando que "... un príncipe debe estimar a los nobles, pero no hacerse odiar por el pueblo..." (P: XIX).

Principado y república

Los libros de consejos a los gobernantes, "espejos de príncipes", eran muy comunes en el Medioevo y algunos de los más importantes pensadores del período se dedicaron a escribirlos: San Agustín en su *Ciudad de Dios* (V, 24), Santo Tomás de Aquino en el *Opúsculo sobre el gobierno de los príncipes*, Petrarca, Aegidio Colonna y otros. En ellos encontramos un retrato del príncipe ideal, en un género que perduró más de un milenio, tratándose en general de una serie de obras estereotipadas y convencionales en las que no se analizaban las relaciones con la vida política concreta. El Renacimiento fue igualmente activo y, durante la vida de Maquiavelo, Erasmo de Rotterdam estaba escribiendo su *Instrucción a un príncipe cristiano*; Savonarola, en su *Tratado sobre la organización y el gobierno de la ciudad de Florencia*, tocaba puntos comunes a esos escritores y lo mismo hacía Lutero en sus cartas y escritos políticos. Estos tratados, basados en normas eclesiásticas, tenían en común la demanda de que el buen príncipe había de ser un buen hombre y un buen cristiano, el gran ejemplo de virtud moral para sus súbditos que se reconocía por hacer reinar la paz y la justicia y por llevar a los hombres hacia la salvación eterna.

A pesar de su originalidad, *El Príncipe* de Maquiavelo¹⁴ pertenece a este género y él también desea que el gobernante sea un buen hombre, pero lo más importante es que logre el bienestar de su pueblo. Las reglas morales y de gobierno de los otros escritores tendían a ser absolutas, mientras que para nuestro autor eran relativas a los tiempos y a las circunstancias. Superficialmente, los capítulos XV a XXIII son los más convencionales y similares al resto de las obras de este tipo, pero uno de los temas poco tratado por otros y dominante en el Florentino es el del príncipe nuevo. En los detalles también se aparta de la tradición al sugerir, por ejemplo, que la liberalidad no es del todo conveniente. Afirma que sabe de muchos que han escrito sobre estos temas, pero se aparta "... de los métodos seguidos por los demás..." (P: XV), especialmente en cuanto a su tratamiento acerca del ser y el deber ser, lo que es la realidad y lo que son nuestros deseos.

El núcleo fundamental de su pensamiento político lo encontramos en los *Discursos* y no en *El Príncipe*, escrito con una finalidad circunstancial determinada para recuperar el empleo, hacer menos duro el dominio sobre Florencia y conver-

tirla en el núcleo de la unidad italiana. No es posible juzgar a nuestro autor si no se lee, primero, su obra más larga, importante y ambiciosa y cuyos temas republicanos no toca en *El Príncipe* pues ya "... he razonado extensamente sobre ellas [las repúblicas] en otro lugar...", en los *Discursos* (P: II). *El Príncipe* debe ser leído con el resto de la obra de Maquiavelo si se quiere entender apropiadamente su pensamiento. En realidad, primero habría que comenzar con la indispensable lectura de los *Discursos*, ya que *El Príncipe* forma parte de ella en el sentido de que es una especie de nota al pie de página de los *Discursos*. Del conjunto de su obra, entonces, *El Príncipe* es un agregado con el propósito de dar consejos prácticos a un nuevo príncipe que libere y unifique Italia, un medio para asegurar el primer paso del bien común de los italianos, que era lo más importante en ese momento histórico. Existe una unidad fundamental entre las dos obras, ambas se complementan y no existe contradicción entre ellas, y el que piense que la hay no es más que "un lector superficial y corrompido", en palabras de Rousseau.

En su característico estilo dicotómico, Maquiavelo hace referencia a que los Estados están "... acostumbrados a vivir bajo un príncipe o acostumbran a ser libres..."¹⁵, o sea que se trata de "repúblicas o principados" (P: I). La situación de Italia era tan calamitosa que era inútil soñar con la unificación bajo un gobierno republicano, sólo un príncipe podía lograrlo debido al caos reinante. Una situación extraordinaria requiere de medios excepcionales, por eso una de las reglas generales que proclama Maquiavelo es que una república o reino están bien organizados desde un principio si "... ha sido ordenada por una sola persona [que] vela por el bien común sin pensar en sí mismo..." (D: I,9).

El ejemplo es Rómulo que, a diferencia de Agátocles, "... lo hizo por el bien común y no por ambición..."; concluye afirmando que "... para organizar una república es imprescindible estar solo en el poder..." (D: I,9) y que la importancia de la organización reside no solamente en un gobierno prudente sino en un príncipe que "... lo organice todo de manera que, aún después de muerto, se mantenga..." (D: I,11). Si bien para fundar y organizar hay que buscar a uno solo que sea apto esto no durará mucho, "... y sí lo hará si reposa sobre los hombros de muchos y son muchos los que se preocupan de mantenerla..." (D: I,9). Los príncipes "... superan a los pueblos en el dictar leyes, formar la vida civil, organizar nuevos estatutos y ordenamientos..." pero, en cambio, los pueblos "... son superiores en mantener las cosas ordenadas..." (D: I,58).

Los *Discursos* tratan de la república y muestran las simpatías del autor por esta forma de gobierno. Bruto es el héroe y César, destructor de las libertades de Roma, su villano (D: I,10) pues el bien común es más fácil de lograr en una república que bajo un príncipe. Pero Maquiavelo también veía las ventajas de un reino, pues consideraba que era posible un buen gobierno bajo un príncipe: Francia debía ser admirada por los italianos pues estaba unificada bajo una sabia monarquía constitucional (P: XIX). Existen, inclusive, circunstancias en las cuales

solamente un monarca puede gobernar, esto es, cuando se necesita fundar un Estado o hacer reformas profundas; cuando los ciudadanos son demasiado corruptos, entonces sólo una conducción fuerte puede ser efectiva⁶ (D: I,9).

Los “cuerpos mixtos como las repúblicas (...) están mejor organizados y tienen una vida más larga [ya que] mediante sus instituciones, se pueden renovar a menudo...” (D: III,1). Si el hombre es proclive a la corrupción⁷, la clave consiste en mantener a los ciudadanos “bien ordenados” a través de las leyes para que puedan defender sus libertades por medio de una serie de instituciones, tema principal del Libro III de los *Discursos*. El renacer de una república puede provenir de “... la virtud de un hombre o de una ley...” y es un solo hombre “... con sus ejemplos raros y virtuosos [quien cumplirá] casi la misma función que las leyes y las instituciones...” (D: III,1).

Las buenas formas de gobierno clásicas -monarquía, aristocracia y gobierno popular- son fáciles de pasar a las formas malas “... porque el principado fácilmente se vuelve tiránico, la aristocracia con facilidad evoluciona en oligarquía, y el gobierno popular se convierte en licencioso con facilidad...”. Por esta razón, si alguien organiza un Estado de acuerdo a los regímenes buenos “... lo hace para poco tiempo, porque irremediamente, degenerará en su contrario...” (D: I,2). El régimen mixto, una combinación de las formas buenas, produce un equilibrio entre las fuerzas sociales y logra que todas las partes se vean comprometidas en los asuntos de gobierno y cada una “vigile a la otra” para evitar “la arrogancia de los ricos” o el “libertinaje del pueblo”.

En Maquiavelo encontramos una visión cíclica de los regímenes según la cual “... un país podría dar vueltas por tiempo indefinido en la rueda de las formas de gobierno...” y todas esas formas son “... pestíferas, pues las buenas tienen una vida muy breve y las malas son de por sí perversas...”. Por esta razón, considera que la mejor forma de gobierno es el gobierno mixto, mezcla de las tres formas puras, y es así que “... los legisladores prudentes huyen de cada una de estas formas en estado puro, eligiendo un tipo de gobierno que participe de todas, juzgándolo más firme y más estable, pues así cada poder controla a los otros y, en una misma ciudad se mezclan el principado, la aristocracia y el gobierno popular...” (D: I,2). El gobierno mixto es una “república perfecta” (D: I,2) y es la forma de gobierno “... más duradera y casi no se puede esperar salir de ella...” (D: II,2).

El bienestar general, en última instancia, solamente se logra en las repúblicas⁸, “... porque lo que hace grandes a las ciudades no es el bien particular, sino el bien común [y] lo contrario sucede con los príncipes...” pues la mayoría de las veces sólo buscan su beneficio propio; y “... cuando en un Estado libre surge una tiranía, el menor mal que resulta de ello es que la ciudad ya no avanza ni crece...”, por ello es que no hay que maravillarse “... de que los antiguos pueblos persiguiesen con tanto odio a los tiranos⁹ y amasen la vida libre, y de que el nombre de la libertad fuese tan estimado por ellos...” (D: II,2).

Las principales ideas políticas de Maquiavelo se encuentran en la concepción tradicional, antigua y moderna, del bien común. En su Proemio *Del arte de la guerra*, menciona que "... todo cuanto se establece en una sociedad [es] para el bien común de los hombres...". En los *Discursos* afirma que, para distinguirse y lograr la gloria, hay que proponer "... una ley que redundase en beneficio público..." (D: III,34). Se pronuncia por algo similar en el capítulo XXI de *El Príncipe*. Quien lea solamente esta última obra no apreciará con plenitud que la principal preocupación del Florentino es el bienestar general²⁰, el bien común de Florencia, la base de su *Minuta de disposiciones para la reforma del Estado de Florencia* (B: V,3) y el bien de Italia, tan claro en su carta a Francisco Vettori (E: 26 agosto 1513).

Conflicto y libertad

La causa principal de la libertad son los tumultos entre los nobles y la plebe, en un intercambio dialéctico que produce efectos positivos, ya que en todo Estado "... hay dos espíritus contrapuestos: el de los grandes y el del pueblo..." y, de la desunión entre estos dos actores políticos, nacen "... todas las leyes que se hacen en pro de la libertad...", que coincide con el bien común. Por lo tanto, no se pueden juzgar nocivos esos tumultos y "... esas diferencias internas que muchos, desconsideradamente, condenan..." y que tuvieron un buen fin pues "... no engendraron exilios ni violencias en perjuicio del bien común, sino leyes y órdenes en beneficio de la libertad pública..." (D: I,4).

De esta manera, el conflicto se canaliza y el pueblo puede "... desfogar su ambición..." y, además, hay que tener en cuenta que "... los deseos de los pueblos libres raras veces son dañosos a la libertad [ya que] aunque sean ignorantes, son capaces de reconocer la verdad..." (D: I,4). El mejor camino para "... desfogar los humores [es a través de] una salida prevista por la ley..." (D: I,7); o sea, la república debe prever procedimientos legales e instituciones para evitar situaciones extraordinarias que arruinen al Estado. Además, quien organice prudentemente una república en donde habrá "magnates y pueblo" asegurará la libertad si se apoya en el pueblo, porque los nobles tienen "... un gran deseo de dominar...", mientras que aquellos tienen "... tan sólo el deseo de no ser dominados y, por consiguiente, mayor voluntad de vivir libres..."; por lo tanto, es el pueblo el guardián y la garantía de la libertad (D: I,5).

La libertad, que implica un gobierno amplio (a la escala de la época) sirve para vivir seguros, y este deseo se satisface con facilidad "... haciendo leyes y ordenamientos en los que, a la vez que se afirma el poder, se garantiza la seguridad de todos..." (D: I,16). Además, se hacen enormes progresos "... sin temer que le sea arrebatado su patrimonio, y sabiendo que no solamente nacen libres y no esclavos, sino que pueden, mediante su virtud, llegar a ser magistrados...". Asimismo, "... las riquezas se multiplican en mayor número [y] lo contrario sucede en los países que viven siervos..." (D: II,2).

Si bien la multitud puede ser vana y fluctuante, siempre es “... más sabia y más constante que un príncipe...”. La opinión común es que los pueblos son “... variables, mutables e ingratos...” pero estos defectos se encuentran en mayor medida en los príncipes, y un pueblo bien organizado “... será estable, prudente y agradecido...”, igual o mejor que un príncipe “... y si alguien lleva aquí ventaja es el pueblo...” ya que “... es menos ingrato que los príncipes...”, “... más prudente, más estable y tiene mejor juicio...”. “Y no sin razón se compara la voz del pueblo a la de Dios, pues vemos que la opinión pública consigue maravillosos aciertos en sus pronósticos...”. Hay “... más virtud en el pueblo que en el príncipe...” y se encontrarán menos errores en el primero que en el segundo (D: I,58); además, el pueblo distribuye mejor los cargos que un príncipe (D: III,34).

En suma, “... [e]l pueblo comete menos errores que un príncipe y, por tanto, resulta más digno de confianza que él [por eso es que] se encontrará más fidelidad en las repúblicas que en los príncipes [y] se muestran mucho más observantes de los acuerdos...” que estos (D: I,59). Los príncipes no deben lamentarse de “... los errores que cometen los pueblos bajo su dominio, porque tales errores provienen o de su negligencia o de sus propios e idénticos defectos...”. La culpa de los males siempre tiene su origen en “... la perversidad de los príncipes y no en la malvada naturaleza de sus habitantes...”, el pueblo (D: III,29).

Ciencia política

Si bien Aristóteles realizó estudios sistemáticos y empíricos, fue Maquiavelo quien descubrió “... la necesidad y la autonomía de la política, una política que está más allá de la ética, que tiene sus propias leyes en contra de las cuales es inútil rebelarse, y que no pueden ser exorcizadas y prohibidas del mundo con agua bendita...” (cit. por Jensen, 1960: p. 13). Este enfoque del filósofo contemporáneo Benedetto Croce inicia una línea de interpretación dominante hasta nuestra época, pues señala el descubrimiento de la “autonomía de la política”, o sea una identificación de las características propias de esta actividad y de las leyes que la gobiernan.

El comportamiento de los hombres es un hecho objetivo y observable, de una naturaleza fija pues “... nacen, viven y mueren siempre de la misma manera...” (D: I,11), y “... [s]e ve fácilmente, si se consideran las cosas presentes y las antiguas, que todas las ciudades y todos los pueblos tienen los mismos deseos y los mismos humores, y así ha sido siempre...”; por esta razón es que “... quien examina diligentemente las cosas pasadas, le es fácil prever las futuras en cualquier república, y aplicar los remedios empleados por los antiguos o, si no encuentra ninguno usado por ellos, pensar unos nuevos teniendo en cuenta la similitud de las circunstancias...” (D: I,39). En otras palabras, “... quien quiera ver lo que será, considere lo que ha sido, porque todas las cosas del mundo tienen siempre su correspondencia en sus tiempos pasados...” y esto es así porque los hombres

“... tienen y tendrán siempre las mismas pasiones...”, razón por la cual necesariamente producirán los mismos efectos (D: III,43).

La política se convierte en una ciencia porque el comportamiento humano es observable y predecible y tiene sus propias leyes con postulados, normas y un caudal de experiencias, históricas y contemporáneas, que permiten confirmar las hipótesis y llegar a conclusiones determinadas que servirán para prevenir a los gobernantes²¹ acerca de sus actos. Maquiavelo nos presenta diversos ejemplos, pues él tiene “... una larga experiencia de las cosas modernas...” y ha realizado una “... continua lectura de las antiguas...” (P: Dedicatoria). Este descubrimiento de las regularidades de la conducta humana es paralela al desarrollo de las ciencias naturales y experimentales de la época, considerando al hombre como un fenómeno natural estudiable y predecible.

Así, Maquiavelo sienta las bases de una teoría política, una nueva ciencia que refleja la creencia de que, para poder analizar de modo coherente los fenómenos políticos, es necesario liberarlos de las ilusiones entreteljadas con conceptos ajenos a ella. Entramos en una de las tendencias fundamentales del Renacimiento: la proliferación de áreas independientes de indagación, cada una resuelta a establecer su autonomía y preocupada por elaborar un lenguaje adecuado para un conjunto particular de fenómenos. De esta manera, comienza la independencia de la filosofía de la teología, la física de la metafísica, la música de la liturgia, y la política de otros campos.

Recapitulando, la constitución de la ciencia política, en tanto empresa colectiva y acumulativa, tiende a la formulación de tipologías, de generalizaciones, de teorías generales, de leyes, todas éstas relativas a fenómenos puramente políticos, fundadas en el estudio de la historia y el análisis fáctico de hechos contemporáneos. Estos conocimientos permitirán prever los problemas para solucionarlos y “buscar remedio rápido”, por ello es que los gobernantes sabios “... no solamente han de preocuparse de los problemas presentes, sino también de los futuros, tratando de superarlos con todos los recursos de su habilidad...” para prevenir con antelación las dificultades (P: III).

La concepción técnica de Maquiavelo de la problemática política la hace compararla con artes como la arquitectura y la medicina: para curar la tisis hay que diagnosticar rápidamente, y “... [I]o mismo ocurre en los asuntos de Estado; porque los males que nacen de él se curan pronto si se les reconoce con antelación (lo cual no es dado sino a una persona prudente); pero cuando por no haberlos reconocido se los deja crecer de forma que llegan a ser de dominio público, ya no hay remedio posible...” (P: III). Esta capacidad de prevención está relacionada con la virtud de los gobernantes y “... el que en un principado no detecta los males cuando nacen, no es verdaderamente prudente. Pero tal cualidad solamente es concedida a pocos...” (P: XIII) que poseen la virtud con la cual pueden enfrentar a la fortuna.

Virtud y fortuna

Los Estados se adquieren “... gracias a la fortuna o por medio de la virtud...” (P: I) y el hecho “... de convertirse de particular en príncipe es fruto de la virtud o de la fortuna...” (P: VI). Sin embargo, los principados que se conquistan solamente con la fortuna son fáciles de adquirir pero difíciles de mantener ya que “... la primera circunstancia adversa los destruye...” (P: VII), a menos que se posea una gran virtud, pues “... el que se ha abandonado menos a la fortuna se ha mantenido mejor...” (P: VI). La fortuna “... muestra su poder cuando no hay una virtud organizada y preparada para hacerle frente...” (P: XXV) pues “... donde los hombres tienen poca virtud, la fortuna muestra más su poder...” (D: II,30).

El éxito o el fracaso de los hombres depende principalmente de su capacidad, de su virtud o adaptación a las circunstancias, esto es, a la fortuna, sobre la cual Maquiavelo escribió en sus poemas. La idea acerca del poder de la fortuna sobre los asuntos mundanos era compartida con los hombres del Renacimiento, una de las creencias más difundidas de la época que sustituye a la Providencia Divina medieval e implica la suerte, el azar, lo inesperado, los factores externos, la coyuntura, las circunstancias, lo imprevisible, la constelación de fuerzas sociales, en suma, los hechos objetivos ajenos a la voluntad humana. Es como un río torrencial cuya fuerza arrolladora puede ser vencida por una virtud extraordinaria que construye canales y diques como la afirmación de un equilibrio entre la voluntad humana (virtud) y el conjunto de factores que la limitan (fortuna).

Los hombres, “... en todas sus acciones y sobre todo en las grandes, deben tener en cuenta los tiempos y acomodarse a ellos...” (D: III,8), ya que la causa de la buena o mala fortuna reside en esa capacidad²². Algunos actúan con ímpetu y otros con precaución y “... tendrá la fortuna próspera quien sepa ajustar su proceder con el tiempo...” (D: III,9). Pero no todos tienen este talento de amoldarse, por eso una república se adapta mejor y es más duradera, “... tiene una vida más larga y conserva por más tiempo su buena suerte que un principado, porque puede adaptarse mejor a la diversidad de las circunstancias, porque también son distintos los ciudadanos que hay en ella, y esto es imposible en un príncipe, porque un hombre que está acostumbrado a obrar de una manera, no cambia nunca y necesariamente fracasará cuando los tiempos no sean conformes con su modo de actuar...” (D: III,9)²³.

Por otro lado, en el Renacimiento “virtud” implicaba hacer bien lo que se hace, un “virtuoso” es quien posee excelencia en su habilidad o arte como, por ejemplo, un virtuoso del violín. Para Maquiavelo “virtud” no eran las virtudes cristianas que los escritores de la época aconsejaban cultivar al gobernante y sus súbditos, sino que el concepto tiene una clara significación pagana que puede desdoblarse en su significado de origen etimológico (*vir*, hombre) que implica fuerza interior, energía de la voluntad, habilidad para actuar y decidir con determinación, virtud militar como valor, bravura y coraje; a lo cual hay que sumarle el talento, técnica, eficacia²⁴, claridad mental, autocontrol, originalidad, sabiduría

práctica; en suma, la capacidad subjetiva para superar los obstáculos. También es prudencia y saber prever, ya que un gobernante tiene que tener la sabiduría para ver los peligros en su Estado mientras sean pequeños y, así, poder resolverlos.

El paradigma²⁵ a imitar es Roma, que se mantuvo durante siglos pues estuvo "... llena de tanta virtud como jamás ha ostentado ninguna otra ciudad o república..." (D: I,1), por ello es que "... es necesario seguir el modelo romano..." (D: I,6) ya que si una ciudad está armada y ordenada como ella "... de modo que sus ciudadanos experimenten cada día, en público y en privado, su virtud y el poder de la fortuna, siempre, en cualquier situación, en cualquier tiempo mostrarán el mismo ánimo y mantendrán la misma dignidad..." (D: III,31). Los romanos fueron virtuosos pues realizaron correctamente "... la elección del lugar [de la fundación de una ciudad] y la ordenación de las leyes..." (D: I,1).

La visión de Maquiavelo es la de un activista: el hombre debe confrontar a la fortuna con su virtud, no para soportar sus golpes sino para defenderse o controlarlos a través de una pugna activa, y no debe someterse servilmente a sus efectos sino tenerlos en cuenta para una decisión efectiva. A diferencia de la Providencia Divina, la fortuna no es directriz de las acciones humanas, por eso critica el situarlas como gobernantas del mundo quitando al hombre todo poder para corregir el rumbo y para oponer remedios, que ha sido un punto de vista que muchos han tenido y tienen, ya que "... después de una larga prosperidad, al perder, no se echa la culpa a ninguna cosa propia, sino que se acusa al cielo y las disposiciones del hado..." (E: invierno de 1512-13).

Frente al azar, el hombre renacentista manifiesta su dignidad de la única manera posible: atribuyéndose un papel en la ejecución de su destino. En la elección de una única idea caracterizadora del pensamiento moderno elegiríamos la afirmación y legitimación de la voluntad individual, y esto es lo que hace Maquiavelo cuando escribe que "... para que nuestra libre voluntad no quede anulada, pienso que puede ser cierto que la fortuna sea árbitro de la mitad de las acciones nuestras, pero la otra mitad, o casi, nos es dejada, incluso por ella, a nuestro control..." (P: XXV). Esta frase fue interpretada como que la historia es obra de la voluntad humana, el hombre tiene todas las posibilidades de modificar su entorno y determinar su destino, y ya no depende ni de Dios ni de la fortuna. La vena activista de Maquiavelo lo hace llamar constantemente a la acción y a condenar la pasividad y a los príncipes que culpan a la fortuna por la pérdida de sus Estados, ocultando su propia responsabilidad.

Su metáfora del río torrencioso, capaz de arrastrar en su furia cualquier resistencia, pero ante el cual el hombre puede construir diques y canales en momentos de tranquilidad para controlar su caudal, expresa con claridad la postura de Maquiavelo: la fortuna rige cuando no hay virtud, cuando ésta no está preparada y organizada para enfrentarse a ella; la fortuna se manifiesta en los puntos débiles, donde no hay diques. Estos diques, en el orden político, son las instituciones,

por eso la fortuna es señora en Italia, cuya decadencia es más por la “indolencia” de los señores, o sea la falta de virtud, que por la fortuna.

Moralidad y política

Desde los griegos hasta el medioevo, los tratadistas políticos hicieron prescripciones, escribieron sobre el deber ser, esto es, cómo han de comportarse los gobernantes. Maquiavelo se aparta de estos métodos y afirma que “... siendo mi propósito escribir algo útil para quien lo lea, me ha parecido más conveniente ir directamente a la verdad real [*verità effettuale*] de la cosa que a la representación imaginaria de la misma...”. Agrega que muchos “... se han imaginado repúblicas y principados que nadie ha visto jamás ni se ha sabido que existieran realmente; porque hay tanta distancia de cómo se vive a cómo se debería vivir, que quien deja de lado lo que se hace por lo que se debería hacer, aprende antes su ruina que su preservación...” (P: XV).

El contraste entre el ser y el deber ser también puede observarse en el famoso y aborrecido capítulo XVIII de *El Príncipe* donde se expresa “... [c]uán loable es en un príncipe mantener la palabra dada y comportarse con integridad y no con astucia...”. El drama y la angustia de la conciencia moral de Maquiavelo se revela aquí, ya que pese a saber cuán deseable sería el ejercicio del bien, ve cómo en el mundo de los hombres y la política tal cosa es imposible²⁶. Algunas circunstancias le imponen al hombre, ineludiblemente, la elección de la amoralidad, pues la experiencia muestra que “... quienes han hecho grandes cosas han sido los príncipes que han tenido pocos miramientos hacia sus propias promesas...” (P: XVIII).

No hay que guardar fidelidad a las promesas, “... [s]i los hombres fueran todos buenos [...], pero -puesto que son malos y no te guardarían a ti su palabra- tú tampoco tienes por qué guardarles la tuya...” (P: XVIII). Lo importante es aparentar el “deber ser”, no es necesario que un príncipe posea virtudes morales “... pero es muy necesario que parezca tenerlas. E incluso me atreveré a decir que si se las tiene y se las observa siempre son perjudiciales, pero si aparenta tenerlas son útiles... [aunque debe] tener el ánimo predispuesto de tal manera que si es necesario no serlo...” (P: XVIII) pueda y sepa adoptar la cualidad contraria. En el capítulo XIX considera que “... un príncipe que quiera conservar el Estado se ve forzado a menudo a no ser bueno...”, en otras palabras, lo “bueno” a veces requiere lo “no bueno”. La *razón de Estado*, concepto no utilizado por Maquiavelo, requiere que un príncipe “... a menudo se ve[a] obligado, para conservar su estado, a actuar contra la fe, contra la caridad, contra la humanidad, contra la religión...” (P: XVIII).

El Secretario Florentino no es un inmoral ni está en contra de las virtudes morales, por el contrario, le “... parece que, para gobernar una multitud, es mejor ser humano que soberbio, mejor ser piadoso que cruel...” (D: III,19), pero distingue entre “... cómo se vive a cómo se debería vivir...” (P: XV), dando una lista de vi-

cios y virtudes y compartiendo el hecho de que todos admiten que es elogiarse estar en posesión de rasgos "... que son tenidos por buenos...". Ya vimos que no está en contra de mantener la palabra y la integridad, y en los *Discursos* opina que el fraude es "detestable" (III: 40). Además, recomienda al príncipe "... a no alejarse del bien, si puede, pero a saber entrar en el mal si se ve obligado..." (P: XVIII). No olvidemos que "entrar en el mal" implica, necesariamente, salir de él.

Si el Estado está en peligro es ineludible incurrir en ciertos vicios que lo conservarán y es esencial utilizar, a veces, procedimientos muy crueles que son "... enemigos de toda vida no solamente cristiana, sino humana, y cualquier hombre debe evitar emplearlos..." (D: I,26), a menos que lo lleven a la ruina. La moral es aceptada pero, ocasionalmente, los gobernantes son empujados al mal por las condiciones humanas y las cosas de este mundo. Lo importante es la virtud política, la capacidad de acción en el presente real para la obtención de un fin, "la seguridad y el bienestar" de los Estados (P: XV) y si un príncipe conserva su Estado, "... los medios siempre serán juzgados honrosos y ensalzados por todos..." (P: XVIII).

El ejercicio de las virtudes morales puede arruinar al Estado y al bien común; entonces, sólo se tienen dos opciones: aferrarse a principios éticos o al bienestar del pueblo. En los reinos imaginarios de los moralistas los dos son uno y a Maquiavelo le gustaría que fuese así; pero la realidad es otra y el príncipe debe elegir: salvar su alma o su gente, y para el Secretario no hay debate aquí pues el deber de un gobernante es hacia sus ciudadanos. Quien salva su propia alma y destruye a su pueblo puede parecer un santo, pero así se convierte en el peor de los tiranos. Si "el fin justifica los medios" -frase nunca utilizada por el Florentino-, hacer el mal es a veces necesario (un "mal menor") para obtener el bien común, ya que la meta última es el bienestar general que requiere, en algunos casos, la utilización de medios extraordinarios considerados -a veces- inmorales.

Si un hombre "... quiere hacer en todos los puntos profesión de bueno, labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son..." y esta es la razón por la cual "... es necesario a un príncipe, si se quiere mantener, que aprenda a poder ser no bueno y a usar o no usar de esta capacidad en función de la necesidad...". Es, realmente, digno de elogio poseer los rasgos "... que son tenidos por buenos..." pero si peligra el Estado "... puede incurrir en ellos [los vicios] con menos miramientos. Y todavía más: que no se preocupe de caer en la fama de aquellos vicios sin los cuales difícilmente podrá salvar su Estado..." (P: XV). En otras palabras, las virtudes morales pueden llevar a la ruina de un Estado y, por el contrario, ciertos vicios pueden salvarlo.

El problema moral reside en la siguiente cuestión: ¿puede un buen gobernante, con fines justos, actuar inmoralmente? Nótese que Maquiavelo no afirma que el gobernante debe ser "malvado", sino "poder ser no bueno"; él nunca aprueba la conducta perversa de un príncipe ya que únicamente pueden alabarse aquellas acciones que son dirigidas hacia el bien común. No existiría este dilema en un

mundo perfecto, pero los ejemplos de la vida política y la historia muestran la maldad de los hombres, "... que pondrán en práctica sus perversas ideas siempre que se les presente la ocasión de hacerlo libremente..." (D: I,3); por esta razón, quien disponga de un Estado ha de presuponer "... que todos los hombres son malos [y que] sólo obran bien por necesidad..." (D: I,3), con lo cual nuestro autor no está negando la existencia o la necesidad de las virtudes morales.

Los hombres pueden llegar muy alto por medio de la maldad, pero no lograrán la verdadera gloria, el bienestar común. Agátocles llegó a gobernar Siracusa matando a sus conciudadanos; traicionando a sus amigos; abandonando la fe, la piedad y la religión; "... [t]ales medios pueden hacer conseguir poder, pero no gloria..." y, a pesar de su coraje, capacidad y grandeza, "... su feroz crueldad e inhumanidad, no permiten que sea celebrado entre los hombres más nobles y eminentes..." (P: VIII). Aquel príncipe que utiliza el mal para satisfacer sus deseos egoístas y que no persigue el bien común merece ser condenado y detestado, pues sacrifica la moral para propósitos inmorales. Por el contrario, quien busca el bien común adquiere una gloria imposible de lograr para un tirano como Agátocles o los malos emperadores de Roma (P: VIII y XIX; D: I,10). El príncipe que con un buen gobierno logra la felicidad de su pueblo se asegura la inmortalidad y la fama (E: V,2).

Iglesia y religión

Según Maquiavelo, la corrupción de la Iglesia es una de las causas de la ruina de Italia, que se podría haber evitado si los eclesiásticos hubiesen seguido los pasos de San Francisco y Santo Domingo (D: I,12). La Iglesia de Roma es perjudicial por dos razones: "... los malos ejemplos de aquella corte [y] que la Iglesia ha tenido siempre dividido nuestro país...", desunido a diferencia de Francia y España, "... y la causa de que Italia no haya llegado a la misma situación y de que no haya en ella una república o príncipe que la gobierne es solamente la Iglesia [que] no ha sido tan fuerte ni de tanta virtud como para hacerse con el dominio absoluto de Italia y convertirse en su príncipe, pero tampoco ha sido tan débil que no haya podido, por miedo a perder su poder temporal, llamar a un poderoso que la defiende contra cualquiera que en Italia se vuelva demasiado potente...". Así es que Italia "... está repartida entre numerosos príncipes y señores, de lo que nace tanta desunión y debilidad, y que la han conducido a ser una presa no sólo para los poderosos bárbaros, sino para cualquiera que la asalte. Y eso nosotros, los italianos, se lo debemos a la Iglesia tan sólo..." (D: I,12).

Maquiavelo examina los dominios de la Iglesia, que no se adquieren ni conservan por la virtud o la fortuna "... ya que se sustentan en las antiguas leyes de la religión, las cuales son tan poderosas y de tanto arraigo que mantienen a sus príncipes al frente del Estado, sea cual sea su forma de actuación y de vida...". Estos principados son los "únicos seguros y felices" y nuestro autor ironiza -pues había sido testigo de cómo Julio II había llegado al trono papal a través de sobor-

nos²⁷- manifestando que no va a analizarlos, pues sería presuntuoso y temerario “... dado que están sostenidos por una razón que la mente humana no alcanza...”, puesto que sus príncipes son “... exaltados y conservados por Dios...” (P: XI).

El poder temporal de la Iglesia es diferente al poder espiritual de la religión, y lo que censura Maquiavelo del cristianismo son sus efectos perniciosos y el hecho de que no se mantuvo tal como fue constituido por Jesús: “... no puede haber mayor prueba de la decadencia de esta religión que ver cómo los pueblos que están más próximos a la Iglesia de Roma, cabeza de nuestra fe, son los menos religiosos...” (D: I,12). Otro problema que señala es que el cristianismo “... ha glorificado más a los hombres contemplativos que a los activos...”; además, “... ha puesto el mayor bien en la humildad, la abyección y el desprecio de las cosas humanas...”, a diferencia de la religión de los antiguos que ponía énfasis en “... la grandeza de ánimo, en la fortaleza corporal y en todas las cosas adecuadas para hacer fuertes a los hombres...”. Este nuevo modo de vivir “... ha debilitado al mundo [y lo] ha afeminado [por lo cual] no se ve en los pueblos el amor a la libertad que antes tenían...” (D: II,2).

Para la mayoría de los hombres de la Edad Media la verdadera vida se daba en el más allá y lo que sucedía en este mundo estaba gobernado por la Providencia Divina. Dios podía enviar a un tirano para castigar nuestros pecados y las batallas podían ganarse o perderse por decisión de su Voluntad. El comentario que Maquiavelo hace sobre el rey Luis en el capítulo III de *El Príncipe*, que perdió la Lombardía por no haber observado ciertos principios, es muy ilustrativo al respecto cuando afirma que “... no hay nada de milagroso en todo esto, sino por el contrario algo ordinario y razonable...”. Esta era una actitud polémica contra quienes atribuían al cielo cuanto acontecía en esta tierra, en una clara visión secularizadora de lo político. En el capítulo VIII arroja sus dardos contra Savonarola: “... y quien decía que la causa de todo ello [la ruina de Italia] se hallaba en nuestros pecados, tenía razón, sólo que no eran los que él creía, sino los que yo acabo de exponer [falta de buenas leyes y buenas armas, utilización de mercenarios]...”.

Los antiguos romanos se sirvieron de la religión para reorganizar su ciudad, “... la religión bien empleada sirvió...” para ello y para vencer dificultades “... que, de otro modo, le hubieran resultado insuperables...” pues la plebe, por temor religioso, obedece (D: I,13). No sólo debían temer a la ley y a los hombres, “... sino también a Dios, y procuraban por todos los medios inculcarles sentimientos religiosos...” (A: VI). La religión es un “... elemento imprescindible para mantener la vida civil...” pues el temor a Dios facilita cualquier empresa y es útil para “... mandar a los ejércitos, para confortar a la plebe, mantener en su estado a los hombres buenos y avergonzar a los malos...”. El legislador que crea leyes extraordinarias a un pueblo debe recurrir a Dios o a lo sobrenatural para que sean aceptadas y la observancia del culto a Dios “... es causa de la grandeza de las repúblicas, así como el desprecio es causa de su ruina...” (D: I,11).

En el aspecto militar la religión también es útil, pues el ánimo de los soldados puede insuflarse por medio de ella, y se logra confianza entre los ciudadanos “... mediante la religión bien empleada...” (D: I,15). En la antigüedad contribuía a mantener disciplinados a los soldados y, “... [s]i cometían una falta, se les amenazaba no sólo con todos los males que se podían esperar de los hombres, sino también con los que Dios les podía enviar. Ese recurso y otras costumbres religiosas facilitaron mucho sus empresas a los generales de la antigüedad, y lo mismo seguiría ocurriendo hoy si la religión se temiese y respetase...” (A: IV). Es necesario, entonces, que los soldados y los ciudadanos tengan una religión y temor a Dios (P: 12 y A:VII).

Un ejemplo de hábil utilización del factor religioso fue la figura de Fernando el Católico por el carácter de cruzada que le dio a una guerra para ocultar sus fines políticos y, además, “... [p]udo sostener sus ejércitos con el dinero de la Iglesia...”. Por otro lado, “...-sirviéndose siempre de la religión- recurrió a una santa [*pietosa*] crueldad expulsando y vaciando su reino de marranos [judíos conversos de fe dudosa]...” (P: XXI). Fernando era un príncipe que, según Maquiavelo, “... no predica jamás otra cosa que paz y lealtad, pero de la una y la otra es hostilísimo enemigo y de haber observado la una y la otra, hubiera perdido en más de una ocasión o la reputación o el Estado...” (P: XVIII).

El factor militar

En su actividad como Secretario su logro más notable fue la conformación de la milicia florentina y la captura de Pisa y, después de la publicación y el éxito de *Del arte de la guerra*, alcanzó cierta fama de técnico en cuestiones militares. También logró renombre por su informe sobre las fortificaciones y fue llamado a Roma en 1526 para discutir con el Papa la defensa de Florencia. Es decir, no estamos frente a un teórico de escritorio sino a un hombre de acción que conocía a fondo las cuestiones militares y a las cuales les daba suma importancia. El fundamento de los Estados es un buen ejército formado por los propios súbditos y “... donde no lo hay no pueden existir buenas leyes ni ninguna otra cosa buena...” (D: III,31).

Tan trascendente es para él el tema militar que consideraba que “... [e]l mejor de los regímenes, sin protección militar, correría la misma suerte que aguardaría a las estancias de un soberbio y real palacio que, aun resplandecientes de oro y pedrería, carecieran de techo y no tuvieran nada que las resguardase de la lluvia...” (A: Proemio). Por boca de un personaje afirma: “... yo jamás he hecho de la guerra mi oficio, porque mi tarea es gobernar a mis súbditos y protegerlos, y para poder hacerlo debo amar la paz y saber hacer la guerra...” (A: I). Por su importancia, entonces, es que el “... príncipe debe ir en persona con ellas [las tropas] y ejercer el oficio de jefe y capitán de las mismas...” (P: XII) y quienes “... han pensado más en las exquisiteces que en las armas, han perdido su Estado...”, concluyendo que jamás hay que apartar el “... pensamiento del adiestramiento militar...” (P: XIV).

Maquiavelo tuvo una visión de conjunto y vio con nitidez la ligazón existente entre la guerra y la política, entendiendo a la reforma militar como un hecho de Estado. Y se la encomienda, precisamente, a un poder central lo suficientemente fuerte como para realizarla a través de un ejército propio, “nacional”, ya que los principales “... cimientos y fundamentos de todos los Estados [...] consisten en las buenas leyes y las buenas armas...” (P: XII). Existe entonces, una valoración del factor militar en cuanto importante función política dentro de los Estados, por ello es que insiste en que el príncipe “... no debe tener otro objeto, ni otra preocupación, ni considerar competencia suya cosa alguna, excepto la guerra y su organización y dirección, porque éste es un arte que corresponde exclusivamente a quien manda...” (P: XIV).

Los Estados “... se adquieren con las armas de otro o con las propias...” (P: I) y, ampliando este tema, Maquiavelo aclara que las tropas con las que se defiende un Estado pueden ser propias o mercenarias, auxiliares (de otro) o mixtas. Las tropas “... mercenarias y auxiliares son inútiles y peligrosas y si uno tiene apoyado su Estado sobre armas mercenarias, jamás estará firme y seguro...” (P: XII); en cambio, las tropas propias no pueden ser sino las más aptas, “... porque no puede haber soldados más fieles, ni más auténticos, ni mejores...” (P: XXVI).

Las tropas mercenarias “... no tienen otro incentivo ni otra razón que las mantenga en el campo de batalla que un poco de sueldo...”; además, uno no se puede fiar de los jefes y “... lo usual es que causen tu ruina [,] no hacen nunca sino daño” y son las responsables de la situación de Italia (P: XII), por eso es que “... contratar mercenarios es cosa reprobable y pernicioso...” (A: I), son “... todos ambiciosos e insoportables...” (E: 6 octubre 1526). Las tropas auxiliares, prestadas por otro, son peores que las mercenarias “... porque si pierdes te quedas deshecho y si vences te conviertes en prisionero suyo [ya que] las armas de otro o te vienen grandes o te pesan o te oprimen...” (P: XIII). En una sarcástica expresión contra los que hacen la mala elección de las tropas, afirma que aquél “... que quiera no poder vencer...” se debe valer de ellas y, en suma, “... en las [tropas] mercenarias es más peligrosa la desidia; en las auxiliares, la virtud...” (P: XIII).

La superioridad del ejército propio sobre los mercenarios se debe a que aquél es un “... ejército contento y que combate por su propia gloria [mientras que el otro está] mal dispuesto [y] combate por la ambición ajena...”; si se quiere conservar el poder y mantener una república o un principado es necesario “... formar el ejército con los propios súbditos, como vemos que hicieron todos los que han logrado grandes éxitos con las armas...” (D: I,43). El ejército o las “... armas propias son aquellas que están formadas o por súbditos, o por ciudadanos, o por siervos y clientes tuyos...” (P: XIII) y “... no hay ejército más útil que el propio...” (A: I). Su exigencia de que los Estados se defiendan por sus propios medios y ciudadanos se convirtió en la norma de la práctica militar moderna.

Los príncipes deben armar a sus súbditos para lograr el consenso y apoyo “... porque al armarlos aquellas armas se hacen tuyas, los que te son sospechosos

se vuelven fieles y los que ya te eran fieles lo siguen siendo; de esta manera de súbditos se vuelven partidarios tuyos [y, por el contrario] si los desarmas empiezas a ofenderlos...” (P: XX). Los gobernantes prudentes evitan las tropas mercenarias o auxiliares y recurren a las propias, “... prefiriendo perder con las tuyas a vencer con las de otro [y concluye que] sin armas propias, ningún príncipe se encuentra seguro, antes bien: se halla totalmente a merced de la fortuna...” (P: XIII).

La falta de un ejército propio en una república o en un principado “... no es por escasez de hombres aptos para la milicia, sino por culpa suya, pues no han sabido hacer soldados a sus hombres [y] deberían avergonzarse de sí mismos...” (D: I,21). Si los gobernantes quieren estar seguros “... deben tener su infantería integrada por hombres que, a la hora de entrar en guerra, combatan voluntariamente por fidelidad a él y, cuando llegue la paz, regresen aún más contentos a sus casas...” (A: I), como los admirados suizos que “... están armadísimos y gozan de absoluta libertad...” (P: XII). Además, “... donde existe un buen ejército, suele haber buena organización y, así, raras veces falta la buena fortuna...” (D: I,4), que es lo que tuvo Roma.

Los romanos vivieron libres y nunca construyeron fortalezas, las cuales se edifican “... para defenderse del enemigo, o para defenderse de los propios súbditos. En el primer caso, resultan necesarias, en el segundo, perjudiciales...”; son dañosas porque implica que el príncipe tiene miedo a que sus súbditos se rebelen por el odio que le profesan “... y ese odio habrá sido provocado por su mal comportamiento...” y, si esto es cierto, “... las fortalezas resultan mucho más nocivas que útiles [y] no pueden ser más inútiles para detener al pueblo...”. Un gobernante sabio no edificará fortalezas sino que se apoyará “... en el afecto de los súbditos...”; ya que con un buen ejército no se necesita edificar fortalezas “... porque los buenos ejércitos, sin fortalezas, son suficientes para defenderse, y las fortalezas sin buenos ejércitos no pueden defender nada...” (D: II,24).

En suma, la mejor fortaleza que puede tener un gobernante es el apoyo de su pueblo, por eso “... el príncipe que tiene más miedo a los ciudadanos que a los extranjeros debe construir fortalezas, pero el que tiene más miedo a los extranjeros que a los ciudadanos debe prescindir de ellas [y] por eso la mejor fortaleza es no ser odiado por el pueblo, porque por muchas fortalezas que tengas, si el pueblo te odia no te salvarán...” (P: XX). Además, añade Maquiavelo que “... [s]olamente son buenas, solamente son seguras, solamente son duraderas aquellas formas de defensa que dependen de ti mismo y de tu propia virtud...” (P: XXIV).

La patria italiana

La *patria*, su ciudad natal de Florencia y la Italia toda, es objeto de veneración para Maquiavelo. Considera que un hombre no tiene deber más importante que hacia ella y que el mayor bien dentro de las posibilidades humanas y las que

más agradan a Dios, son las obras que realiza por su patria. Al igual que los antiguos ciudadanos romanos (D: III,41) afirma de manera vehemente que "... amo a mi patria más que a mi alma..." (E: 16 abril 1527); y, pese a que fue bastante maltratado por Florencia, considera que "... jamás he fallado a esa república cuando he podido servirla..." (E: 17 mayo 1521). Ella debe defenderse siempre y de cualquier manera posible; y, si está en juego su salvación, "... no se debe guardar ninguna consideración a lo justo o lo injusto, lo piadoso o lo cruel, lo laudable o lo vergonzoso, sino que, dejando de lado cualquier otro respeto, se ha de seguir aquel camino que salve la vida de la patria y mantenga su libertad..." (D: III,41). El que desprecie las ideas del Secretario sobre el arte de la guerra "... si es gobernante, está despreciando su Estado; si es ciudadano, su patria..." (A: VII).

Los problemas de la península comienzan a fines del siglo XV: "... [a]ntes de que el rey Carlos de Francia viniera a Italia, este país estaba bajo el poder del papa, de los venecianos, del rey de Nápoles, del duque de Milán y de los florentinos..." (P: XI) y, desde su llegada en 1494, "... tres poderosos Estados [Florencia, Milán y Venecia] que había en Italia han sido repetidamente saqueados y devastados..." (A: VII). La tragedia de la patria de Maquiavelo, que es "... la vergüenza del mundo..." (A: VII), es producto de muchos factores: las tropas mercenarias, la política de la Iglesia, la debilidad producida por la religión, el desconocimiento de la historia, la incompetencia y falta de virtud de los príncipes italianos, la corrupción generalizada (D: I,17 y 18) y las potencias extranjeras. Todo esto ha producido que su patria "... se haya visto sometida al paseo de Carlos, al saqueo de Luis, a las violencias de Fernando y a las burlas de los suizos..." y la han reducido "... a la esclavitud y al escarnio..." (P: XII).

Una importante cuota de responsabilidad le correspondía a los gobernantes italianos, que creían que les bastaba con, entre otras exquisiteces, "... rodearse de placeres, tratar a sus súbditos con avaricia y soberbia, pudrirse en el ocio... Y no se daban cuenta estos infelices de que se preparaban para ofrecerse como presas al primero que los asaltara..." (A: VII). Además, quienes perdieron sus Estados - el rey de Nápoles, el duque de Milán y otros- los desperdiciaron a causa de "... una debilidad común en lo concerniente a la organización militar [porque] tenían al pueblo por enemigo [o porque] no han sabido guardarse de los grandes...". Los príncipes que perdieron sus dominios "... no deben echar la culpa de ello a la fortuna, sino a su propia indolencia..." (P: XXIV), porque no pudieron prever los cambios por su irresponsabilidad y falta de virtud.

Maquiavelo escribía para el salvador de la península, como un patriota cuyo último capítulo de *El Príncipe* parece ser la razón de su obra: una ardiente invocación en el campo del deber ser a la liberación de Italia, rompiendo con la racionalidad técnica y realista de los capítulos anteriores con un reto apasionado y desesperado debido a la angustia por la dominación extranjera; exhorta a un príncipe "... a ponerse al frente de Italia y liberarla de los bárbaros..." y que introduzca con

su virtud un nuevo orden capaz de sacar a su patria de la postración. El Secretario Florentino invita a la acción, "... esperando quién podrá ser el que la cure [a Italia] de sus heridas y ponga fin a los saqueos [...] y le limpie esas sus llagas desde hace ya tanto tiempo emponzoñadas..." (P: XXVI). En un texto posterior pide: "... Liberad a Italia de su perenne aflicción, extirpad esos monstruos horrendos, que de hombres, fuera del aspecto y la voz, nada tienen..." (E: 17 mayo 1526).

Dios, que rara vez aparece en la obra de nuestro autor, impregna todo el discurso en este último capítulo, invocándolo para lograr la "redención" de la arruinada península. En lugar de hechos históricos se presentan milagros, en lugar de comparaciones naturalistas surgen imágenes bíblicas y su entusiasmo sube de tono adquiriendo entonaciones de profetismo bíblico, creando una atmósfera mística y arrolladora de cruzada para un fin ético, una "empresa justa" que liberará y logrará la unidad de Italia. Ese príncipe "redentor" será recibido con "amor", "lealtad", "devoción" y "lágrimas", y logrará que "... se vea ennoblecida la patria..." (P: XXVI).

Detractores y defensores

"Maquiavelismo" es una de las pocas palabras en lengua española derivada de un apellido, cuya definición en cualquier diccionario la relaciona con el empleo de la mala fe cuando sea necesario para sostener la política de un Estado, o "modo de proceder con astucia, doblez y perfidia"; o sea que "maquiavelismo" significa que sólo la efectividad tiene importancia en la política y que no debe estar restringida por consideraciones morales. En este sentido, es obvio que el maquiavelismo existió mucho antes de nuestro autor y es tan viejo como la política. La perspectiva de que la lucha por el poder político está exenta de normas éticas era ampliamente reconocida en el mundo antiguo, desde Tucídides, pasando por Eurípides y Cicerón, hasta Tácito, quien afirmaba que la violación de las leyes morales era permisible si el bienestar común lo requería.

Después de su muerte, la obra de Maquiavelo fue prohibida en 1559 por la Iglesia y el Concilio de Trento en 1564 confirmó el decreto papal que colocó sus escritos en el Índice de los Libros Prohibidos, aunque *El Príncipe* ya circulaba por toda Europa, incluido un plagio de Augustino Nifo. Comienza así una especie de "leyenda negra" por la cual es considerado el enemigo de la moral, la religión y la fe, el corruptor inhumano del mundo de la política, y que llega hasta la actualidad: un importante filósofo político contemporáneo, Leo Strauss, lo denomina "un maestro del Mal" y enemigo de la religión cristiana, asignándole una serie de ideas que poco tienen que ver, desde nuestra perspectiva, con la realidad de sus puntos de vista y pensamiento político.

La fama de nuestro autor ha pasado a través de muchas vicisitudes. En Inglaterra, en *El judío de Malta*, de Christopher Marlowe (1564-93), aparece en perso-

na en el prólogo y el villano de la obra teatral, Barrabás, un supuesto seguidor del Florentino, es grotescamente malvado; Ricardo III y Yago de William Shakespeare (1564-1616), quien lo llama “el sanguinario Maquiavelo”, son otros prototipos reconocibles y su nombre se convirtió en sinónimo del diablo, *Old Nick*. “Maquiavelismo”, paradójicamente, era equivalente a monárquico en el siglo XVII; Denis Diderot (1713-84), en el siglo XVIII, lo definió como “el arte de tiranizar”. Federico el Grande (1744-97) escribió el *Antimaquiavelo, o ensayo de crítica sobre El Príncipe de Maquiavelo*, afirmando que el Secretario Florentino “... corrompió a la política y se proponía destruir los preceptos de la sana moral...” pues se trataba de un “monstruo” que quería destruir la humanidad y su libro era “... una de las obras más peligrosas que se hayan extendido por el mundo...”.

Esta reputación tiene su raíz en los ataques del clero y los moralistas, que lo consideraban un “malvado instrumento de Satanás” que odia a Dios y a los hombres. *El Príncipe* ha sido considerado como una obra misteriosa e inquietante que daba consejos a los tiranos para llevar a cabo sus peores opresiones. Al separar la moral de la política y al secularizar la teología política medieval, develando la manera en la cual se realizaba la lucha por el poder en la Italia del Renacimiento (la Iglesia de Roma incluida), se ganó una reputación indeseable e inmerecida. Lo más conocido de Maquiavelo, desafortunadamente, no es su obra, sino la significación inmoral proveniente de una mala o errónea interpretación: inescrupulosidad, falta de ética, falsedad e hipocresía en el comportamiento político. Estas aseveraciones se derrumban ante una lectura atenta de nuestro autor.

Maquiavelo también tuvo defensores, entre ellos, Francis Bacon (1561-1626) quien escribió que hay que agradecerle que diga “... abiertamente y sin disimulos lo que los hombres acostumbran a hacer, no lo que deben hacer...”. Baruch Spinoza (1632-77), en su *Tratado político* (cap. 5, secc. 7) lo consideraba un hombre muy agudo, prudente y amigo de la libertad que dio excelentes consejos para preservarla; por eso, quizás, intentaba mostrar a los pueblos libres cuán cuidadosos deben ser al confiar su bienestar a una sola persona. Juan Jacobo Rousseau (1712-78), en el *Contrato social* (Libro II, cap. 6), considera que *El Príncipe* es el libro de los republicanos, pues “... fingiendo enseñar o dar lecciones a los reyes, las ha dado muy grandes a los pueblos...”. En sintonía con esta idea, el historiador escocés Thomas Carlyle (1795-1881), pese a que denominó a *El Príncipe* como “un perverso librito”, se preguntaba si lo había escrito “... irónicamente con un serio propósito inverso...”. El *Risorgimento*, en la década de 1860, recupera la figura y las ideas del Secretario patriota, especialmente el último capítulo de *El Príncipe*, por corresponder con sus aspiraciones a la unidad italiana.

Antonio Gramsci (1891-1937) sintetiza, en sus *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno*, una serie de conceptos sobre el “maquiavelismo”, del cual considera que existen cuatro variantes: el maquiavelismo verdadero de nuestro autor, el falso de sus discípulos “maquiavelistas”, otro falso

de sus enemigos, y un cuarto de “... quienes jamás leyeron una línea de Maquiavelo y se sirven inoportunamente de los verbos (!), sustantivos y adjetivos derivados de su nombre. Es por ello que el Secretario no debería ser considerado responsable de todo aquello que después de él se complacieron en hacerle decir el primero o el último recién llegado...” (Gramsci, 1984: p. 189). El fundador del Partido Comunista Italiano ve en él a un “demócrata”, limitado a su época, que busca el consenso activo de las masas populares, que se propuso educar al pueblo porque expuso cómo gobiernan los príncipes, destruyendo los mitos del poder y el prestigio de la autoridad y que apuntaba a un fin que era la unidad política de Italia.

Surgieron antagonistas, apologistas; analistas, críticos, filósofos y ensayistas que despedazaron la obra de Maquiavelo. ¿Qué es lo que causaba tanta controversia? El capítulo XVIII es el más aborrecido, el que produjo gran rechazo²⁸; mientras que los defensores han hecho hincapié en el “realismo”, su republicanismo y su patriotismo. *El Príncipe* sufrió, a través de los siglos, una serie de interpretaciones, “re-interpretaciones” y “sobre-interpretaciones” cuando pareciera que no hay mucho que interpretar ya que el texto es muy claro y directo y se entiende perfectamente lo que quiere decir; pero, recordemos que no se puede ni se debe obviar el resto de su obra, especialmente, los *Discursos*.

Clásico y moderno

Nadie duda, actualmente, que Maquiavelo es un “clásico”, lo cual implica que se trata de interpelar un pensamiento vivo y no de internarse en la búsqueda de restos arqueológicos en un cementerio de ideas ni de buscar elaborados análisis lingüísticos o filológicos. Los clásicos son tales porque analizan el presente, se los lee como contemporáneos y le recuerdan a cada generación que las cuestiones planteadas pueden y deben ser reformuladas para interrogar críticamente a la actualidad en la que vivimos.

La tradición clásica, en palabras de Atilio A. Borón, es “... una tradición de significados más que de hechos o resultados, una indagación permanente sobre los fundamentos de la buena sociedad, una exploración inacabada e inacabable acerca de la inerradicable moralidad de los actos de la vida social...”; esta tradición viviente de la filosofía política “... implica una dialéctica incesante entre el pasado y el presente...”, de lo contrario, se convierte en “... una pieza de museo, en un fragmento intelectual inerte...” (Borón, 2000: p. 32). En este sentido, Maquiavelo es un continuador de la tradición política occidental, un puente, una tradición de discurso y de pensamiento político en la cual nuestro autor está inserto y, si bien produce una ruptura, una “revolución copernicana”, su obra no es sino un diálogo político de “... significados extendidos a lo largo del tiempo...” -como afirma Sheldon Wolin- cuyo estudio “... no es una búsqueda de antigüedades, sino una forma de educación política...” (Wolin, 1973: p. 37).

Maquiavelo es un clásico en un período de transición, es el hito que señala la continuidad y la ruptura de la tradición griega y medieval, siendo el último de los antiguos y el primero de los modernos pues él también busca a la “buena sociedad”, al bien común, y tiene una definitiva actitud valorativa encaminada a lograr la unidad de Italia, pese a eliminar de la política toda consideración ética o religiosa. Si bien el Florentino es un clásico, su obra es como una muralla que lo separa de los teóricos anteriores ya que durante dos milenios hubo en el pensamiento político occidental una mezcla entre lo que el mundo es y lo que debería ser, entre política, ética, filosofía, teología y religión, y es el Secretario quien establece un corte tajante entre lo que es la realidad y lo que son nuestros deseos. Como humanista y renacentista produce una ruptura con la tradición medieval ya que descubre y pone en marcha toda una serie de nuevos conceptos en el pensamiento político, tales como la relación entre poder y apariencia, la racionalidad técnica y la habilidad como elemento transformador del entorno, entre otros.

En este sentido, por su estricta y nítida separación de la política con otros campos se lo considera el fundador de la ciencia política, descubriendo su autonomía e instaurando un discurso empirista y realista, sustituyendo la imaginación por los hechos, las prescripciones por la descripción, haciendo un análisis objetivo de la realidad con sus regularidades, escrupuloso ante cualquier contaminación moralista. Al transformar la política en un objeto de estudio independiente de todo lo ajeno a ella, Maquiavelo produce una secularización de la misma, apartándose de la cosmovisión totalizadora de la Iglesia, rompiendo con los modos medievales de pensamiento, rechazando las normas tradicionales y las leyes naturales de origen religioso. De una perspectiva teocéntrica del hombre pasamos a una visión antropocéntrica; además, por primera vez en la teoría política moderna, se considera a la religión como una fuerza coercitiva y no espiritual, claros ejemplos de la modernidad del Florentino.

Es un innovador lingüístico en cuanto al *Estado*, pues es el primero que define y utiliza este término en el sentido moderno, afirmando y comprobando su existencia con un claro significado de poder central soberano y autónomo. Introduce también una ruptura decisiva en la teoría de las formas de gobierno después de Aristóteles, pues considera que son dos, no tres o seis, las formas principales de gobierno: el principado (es decir, la monarquía) y la república. Innova no sólo respecto a la distinción fundamental sino también en cuanto a la subdistinción de las formas monárquicas que son reducidas a dos: en la primera encontramos a un príncipe rodeado de barones, casi sus pares; mientras que en la segunda hay un príncipe y todos los otros son siervos, manifiestamente la monarquía despótica de los antiguos, aunque resulta interesante anotar que actualiza la ejemplificación con el reino turco contemporáneo y amenazador²⁹.

En la teoría contemporánea de la democracia, de acuerdo a Norberto Bobbio, confluyen tres grandes tradiciones del pensamiento político: la teoría clásica,

Aristóteles y el gobierno del pueblo o de muchos; luego la teoría medieval, de derivación romana, de la soberanía popular, una concepción ascendente que se contraponen a otra descendente de la soberanía; y, finalmente, la teoría derivada de Maquiavelo que nace con el surgimiento del Estado moderno. Si bien la república no se identifica totalmente con la democracia, en ella el poder no está concentrado en las manos de uno solo sino que está distribuido diversamente en diferentes cuerpos colegiados, y esta noción se transmitirá a través de los escritores radicales del siglo XVII y XVIII hasta la Revolución Francesa, en contraposición al gobierno regio. En este sentido, la república como forma de gobierno opuesta al despotismo en su carácter de gobierno “libre” y antiautocrático, encierra un elemento fundamental de la democracia moderna. Para Bertrand Russell en los *Discursos* “... hay capítulos completos que parecen haber sido escritos por Montesquieu, y la mayor parte de esta obra habría sido leída con aprobación por los intelectuales liberales del siglo XVIII. La doctrina de los *checks and balances* [pesos y contrapesos] está explícitamente delineada...” (Russell, 1979: p. 494).

El concepto de república asume un significado distinto en el pensamiento político moderno cuando se procede a una tipología diferente de la clásica; con Maquiavelo primero y Montesquieu después, surge una nueva tríada que sustituye a la anterior: monarquía, república (aristocrática y democrática) y despotismo. La diferencia entre las dos tipologías consiste en el hecho de que la clásica utiliza un criterio cuantitativo (uno, pocos o muchos que gobiernan), mientras que la segunda usa una regla cualitativa que resulta de una multiplicidad de factores; primero, el espacio: la república debe tener una extensión moderada, mientras que la monarquía precisa un espacio grande (y el despotismo mayor aún); segundo, en la república debe haber una relativa igualdad mientras que en la monarquía desigualdad en favor de la nobleza (en el despotismo todos son siervos); luego, en la república, las leyes son expresión de la voluntad popular; en cuarto lugar, las fuerzas de integración social son diversas: en la república hay virtud, que lleva a los ciudadanos a anteponer el bien del Estado a su interés particular; en la monarquía la nobleza es sostén y límite del poder del rey (en el despotismo hay miedo); y, finalmente, el orden político en la república nace desde abajo, aún en medio del disenso, con canales institucionalizados para expresarse; en la monarquía, desde arriba, en una síntesis armónica (en el despotismo por la fuerza).

Su tratado militar, *Del arte de la guerra*, complementa sus dos obras políticas, aunque es más cercano a *El Príncipe* a y su gran sueño de la unidad italiana. Al igual que en los *Discursos* tiene el defecto de tomar a los antiguos romanos como el modelo perfecto, y esta deficiencia se hace mucho mayor en el *Arte* porque no le presta atención a los avances técnicos, especialmente de la artillería, que comenzaba a ser decisiva en el resultado de las batallas. Pese a ello, los historiadores militares consideran que Maquiavelo fundó la táctica y estrategia bélica moderna, convirtiéndose en el primer pensador militar de la modernidad europea ya que su visión acerca de este factor marca un extraordinario progreso con

respecto a las prácticas antiguas, medievales e incluso las del propio Renacimiento. En lugar de una lenta guerra de desgaste llevada a cabo por los mercenarios que querían mantener su trabajo, el Secretario se inclina por otra de acciones rápidas, contundentes, decisivas y coordinadas que lleven a la derrota incondicional del enemigo; convirtiéndose en el primer teórico de la estrategia de aniquilamiento, hasta el punto de que es recién tres siglos después que la teoría es mejorada con Karl von Clausewitz.

La historiografía florentina³⁰, que culminó con Maquiavelo, es de especial importancia para la formación del pensamiento político moderno pues presupone que el desarrollo histórico procede a través de una sucesión de causas naturales, con la implicancia de que ellas pueden ser comprendidas por los hombres y, hasta cierto punto, controladas por la acción inteligente y bien informada. Más importante aún es que se expresa también la idea de que una comunidad política particular es una entidad concreta y continua que es independiente de los hombres y de quienes las gobiernan y que merece el afecto, la lealtad y el apoyo de los ciudadanos. En este sentido, la experiencia histórica de Florencia y los escritos del Secretario ayudaron a despertar la conciencia moderna del Estado y el patriotismo.

Además, la invocación de Maquiavelo a hacer del príncipe, del hombre, el autor de su propio destino es otra característica que muestra claramente su alineamiento con la modernidad y expresa una nueva visión acerca de la historia, siendo el centro de su meditación política la voluntad humana, en la cual el hombre tiene la posibilidad de modificar su entorno y determinar su destino; no está de acuerdo con aquellos que opinan "... que las cosas del mundo están gobernadas por la fortuna y por Dios hasta tal punto que los hombres, a pesar de toda su prudencia, no pueden corregir su rumbo ni oponerles remedio alguno..." (P: XXV). Incluso en la unificación de Italia, "... Dios no quiere hacerlo todo para no arrebatarnos la libertad de la voluntad..." (P: XXVI). Se reivindica el papel del hombre y su iniciativa, interpretado por el historiador alemán Heinrich von Treitschke como que "... la historia es obra de los hombres..." (citado por Martin, 1946: p. 61).

Como ya vimos, *El Príncipe* contrasta con los otros "espejos de príncipes" y la diferencia con ellos es enorme; además, cuando la tendencia era escribir estas obras en la *lingua franca* y culta del momento, el latín, la obra del Florentino está escrita en toscano, o sea en el dialecto que se transformará en la lengua italiana oficial, que todos los alfabetos podían leer y entender, aunque conserva los títulos de cada capítulo en latín. Lutero también traduce la Biblia al alemán y existe en ambos autores el intento de construir una lengua nacional que sirva para la unificación de sus respectivos Estados.

También anticipó la noción rousseauiana de que el hombre es puro pero corrompido por la civilización. Esta idea está implícita cuando afirma en los *Discursos* que "... quien desee en nuestros tiempos constituir una república, lo hará más fácilmente con esos montañeses que no tienen experiencia de vida civil que

con los habituados a vivir en ciudades, donde la vida civil está corrompida...”, agregando que “... la constitución y las leyes establecidas en una república en su origen, cuando los hombres eran puros, no sirven más cuando se han hecho corruptos y malos...” (D: I,11).

Otros escritos de Maquiavelo también demuestran su alejamiento y ruptura con cierta tradición de pensamiento. En la famosa carta a Vettori, citada más arriba, nuestro autor afirma que es recibido amorosamente por los antiguos y que no se avergüenza de hablar con ellos. Esta ya no es la infinita reverencia con la cual los medievales trataban a los grandes pensadores, sino que es la postura de un renacentista que se sienta frente a ellos y los trata de igual a igual, de hombre a hombre, uno pregunta y otro responde, y no existe ese inmenso peso de la tradición que ataba a los escolásticos a sus maestros. En su comedia, *La mandrágora*, se ve claramente su visión escéptica, burlona y descarnada de la naturaleza humana, y donde muestra la maldad y la corrupción de su época, especialmente del clero. A diferencia de otras obras similares de la época, nuestro autor no intenta dar lecciones de ética o moralejas sino, simplemente, describir la realidad que lo rodea.

En suma, el Secretario Florentino es un *clásico* y, como tal, hay que leerlo como si fuese un contemporáneo que nos muestra las deficiencias de nuestra situación actual, nos hace meditar acerca de las posibles vías o soluciones para remediar los males presentes, nos señala los errores cometidos en el pasado y nos ayuda en la búsqueda del bien común y la sociedad justa. Por otro lado, es también un *moderno* porque sus ideas representan un salto cualitativo sobre viejas estructuras y mentalidades, anticipando al nuevo hombre que construye y constituye, para bien o para mal, la civilización occidental a la cual pertenecemos.

Bibliografía

Obras de Nicolás Maquiavelo

El Príncipe 1981 (Madrid: Alianza). Traducción, introducción y notas de Miguel Angel Granada.

Del arte de la guerra 1988 (Madrid: Tecnos). Traducción, estudio preliminar y notas de Manuel Carrera Díaz.

Discursos sobre la primera década de Tito Livio 1987 (Madrid: Alianza). Traducción, introducción y notas de Ana Martínez Arancón.

Epistolario 1512-1527 1990 (México: FCE). Traducción, introducción, edición y notas de Stella Mastrangelo.

Escritos políticos breves 1991 (Madrid: Tecnos). Traducción, estudio preliminar y notas de María Teresa Navarro Salazar.

Obras sobre Maquiavelo

La bibliografía sobre Maquiavelo es inmensa, la mencionada aquí hace referencia a las obras utilizadas para la presente introducción. Una buena recorrida de textos en español puede realizarse en el libro de Bermudo Avila citado más abajo, o en los estudios preliminares e introducciones citados más arriba.

Albertoni, Ettore A. 1986 *Historia de las doctrinas políticas en Italia* (México: Fondo de Cultura Económica) Cap. V.

Bermudo Avila, José Manuel 1994 *Maquiavelo, consejero de príncipes* (Barcelona: Universitat de Barcelona).

Bobbio, Norberto 1987 *La teoría de las formas de gobierno en la historia del pensamiento político* (México: Fondo de Cultura Económica).

Borón, Atilio A. (compilador) 2000 *La filosofía política clásica. De la Antigüedad al Renacimiento* (Buenos Aires: Clacso/Eudeba) Introducción y capítulo VII.

Burckhardt, James 1985 *La cultura del Renacimiento en Italia* (Madrid: Sarpe).

Croce, Benedetto 1925 *Elementi di politica* (Bari: Laterza & Figli) pp. 59-67. Traducción inglesa en Jensen, De Lamar (compilador) 1960 *Machiavelli. Civic, Patriot, or Political Scientist?* (Boston: D. C. Heath).

Chabod, Federico 1984 *Escritos sobre Maquiavelo* (México: Fondo de Cultura Económica).

Federico II (El Grande) de Prusia 1711 *Antimaquiavelo, o ensayo de crítica sobre El Príncipe de Maquiavelo* (corregido por Voltaire), en Maquiavelo,

Nicolás *El Príncipe* (Madrid: Ediciones Ibéricas). Traducción, estudio preliminar y notas de Juan B. Bergua.

Gilbert, Allan H. 1964 *The Prince and Other Works of Machiavelli* (s/l, EE.UU: Hendricks House). Traducción, introducción y notas.

Gramsci, Antonio 1984 *Notas sobre Maquiavelo, sobre la política y sobre el Estado moderno* (Buenos Aires: Nueva Visión).

Grazia, Sebastián de 1994 *Maquiavelo en el infierno* (Bogotá: Norma).

Guenée, Bernard 1985 *Occidente durante los siglos XIV y XV, los Estados* (Barcelona, Labor).

Jensen, De Lamar (compilador) 1960 *Machiavelli. Cynic, Patriot, or Political Scientist?* (Boston: D. C. Heath).

Martin, Alfred von 1946 *Sociología del Renacimiento* (México: Fondo de Cultura Económica).

Renaudet, Augustin 1965 *Maquiavelo* (Madrid: Tecnos).

Russell, Bertrand 1979 *History of Western Philosophy* (Londres: Unwin) Libro III, parte I, cap. 3.

Skinner, Quentin 1984 *Maquiavelo* (Madrid: Alianza).

Strauss, Leo 1964 *Meditación sobre Maquiavelo* (Madrid: Instituto de Estudios Políticos).

Wolin, Sheldon S. 1973 *Política y perspectiva. Continuidad y cambio en el pensamiento político occidental* (Buenos Aires: Amorrortu). Caps. I y VII.

Notas

1 Nombre castellanizado, como era costumbre en la época, de Niccolò Machiavelli. En este sentido, castellanizamos los nombres italianos: Romaña, Médicis, etc. Cabe consignar que el mismo Nicolás deletrea su apellido de diversas maneras y puede descomponerse en latín como *mal(i)* más *clavus(i)* o *clavellus*, cuyo significado es “mal(os) clavo(os)”, haciendo referencia a los clavos en la cruz de Cristo.

2 Mercenarios o sus jefes, *condottieri*, debían su nombre a *condotta*, contrato por el cual un empresario (*conductor*) alquilaba temporalmente los servicios de la otra parte (*locator*) en condiciones financieras determinadas y por un período dado.

3 Maquiavelo realiza una interesante descripción de los protagonistas: un papa sabio, “grave y cauteloso”; un emperador “inestable y tornadizo”; un rey de Francia “irritable y temeroso”; un rey de España “tacaño y avaro”; un rey de Inglaterra “ferozmente rico y ávido de gloria”; “... los suizos, bestiales, victoriosos e insolentes; nosotros, de Italia, pobres, ambiciosos y viles...” (E: 26 agosto 1513).

4 Literalmente “abanderado”: el que lleva el confalón; del italiano *gonfalo niere*, de *gonfalone*, bandera, estandarte, pendón.

5 Lorenzo el Magnífico (1448-92), padre de León X, no debe ser confundido con su nieto Lorenzo II (1492-1519), duque de Urbino, hijo de Pedro II, a quien Maquiavelo le dedica *El Príncipe* con el título honorífico de “Magnífico”.

6 *República* en ese período implicaba un Estado organizado, aunque el Secretario Florentino le da un sentido más estricto cuando distingue entre repúblicas y principados. La diferencia consiste en que las primeras no están gobernadas por un solo hombre, sea un rey, un príncipe, un duque o un jefe mercenario. Una república no implicaba necesariamente la actividad de todos los ciudadanos en los asuntos públicos; recordemos que pocos eran ciudadanos y, entre ellos, no siempre todos gobernaban; Venecia, por ejemplo, era la república más admirada de la época aunque, en realidad, era una oligarquía.

7 César Borgia, el Duque Valentino, es propuesto como el “modelo a imitar” no sólo en *El Príncipe* (P:VII, XIII, XVII) sino también en una carta a Francisco Vettori (E: 31 enero 1514-5). También en su posterior *Del arte de la guerra* (VII) expresa su admiración por uno de sus movimientos militares y, en otra carta, como un general capaz (E: 26 agosto 1513), aunque en su obra poética lo definió como la serpiente más inteligente de un conjunto de serpientes venenosas en lucha recíproca. Borgia adquirió el Estado gracias a la fortuna de su padre, el Papa Alejandro VI, pero lo afianzó con su extraordinaria virtud y ni Maquiavelo “... sabría dar a un príncipe nuevo otros precep-

tos mejores que el ejemplo de su conducta...” (P: VII), porque no dependía ni de las armas ni de la fortuna de otros y, además, “... creía haberse ganado la adhesión de la Romaña y todos aquellos pueblos que ahora comenzaban a gustar de bienestar...” (P: VII). Nuestro autor ensalza y alaba el gobierno de César pues tuvo éxito en la mayoría de las situaciones dificultosas que se le presentaban; asimismo consideraba que sus cualidades, su virtud, podrían haber solucionado el desorden reinante en Italia. El Valentino tenía un ánimo indómito, una gran capacidad y energía y, en poco tiempo, construyó sólidos cimientos pero no tuvo en cuenta lo imprevisto: la muerte de su padre y que “... también él mismo estuviera a punto de morir...” (P: VII). Es cierto que cayó, pero no fue por falta de virtud: “... si sus disposiciones no le rindieron fruto, en última instancia, no fue por culpa suya, sino de una extraordinaria y extrema malignidad de la fortuna...” (P: VII).

8 En esta obra Maquiavelo examina la lengua de los grandes autores italianos para decidir si ha de ser apropiadamente llamada florentina, toscana o italiana y debate las ideas de Dante sobre la posible lengua literaria, representándolo como admitiendo que el dialecto florentino es la base y fuente de la literatura italiana.

9 En los siglos XIII y XIV las principales facciones de las numerosas unidades políticas italianas eran partisanas en el conflicto dominante de la época, la lucha entre el Papa y el Emperador por la supremacía del poder temporal. La facción de los *güelfos* generalmente estaba del lado del Papa, mientras que los *gibelinos* apoyaban al Emperador del Sacro Imperio. Mucho después de haber finalizado este conflicto, estas dos facciones continuaron teniendo un importante papel en la política italiana.

10 La *Exhortación a la penitencia* es un texto que muestra la capacidad de expresión religiosa de nuestro autor y trata principalmente sobre el vicio de la ingratitud y la virtud de la caridad.

11 Aunque su sentido se enriqueció y multiplicó dando origen, por ejemplo, a tres vocablos en la lengua inglesa con significados bien diferenciados: *status* (posición social), *estate* (posesiones, bienes) y *state* (formación política).

12 El príncipe podía apoyarse en el pueblo o en los grandes, porque en todo Estado encontramos “... por un lado, el pueblo [que] no desea ser dominado ni oprimido por los grandes y por otro los grandes [que] desean dominar y oprimir al pueblo...” (P: IX). Tengamos en cuenta que el pueblo no era la totalidad de la población sino aquellos que pagaban impuestos, esto es, los que tenían propiedades; los que carecían de ella eran excluidos y no tenían derechos políticos. Sin el apoyo del pueblo, sin su consenso, no hay seguridad en el Estado, por eso el “... que llega al principado con la ayuda de los grandes se mantiene con más dificultad que el que lo hace con la ayuda del pueblo...”; asimismo,

hay que satisfacerlo “... porque el fin del pueblo es más honesto que el de los grandes...” y, además, porque el príncipe “... puede pasarse sin los mismísimos grandes...”, razón por la cual es necesario que tenga al pueblo de su lado, de lo contrario, “... no tendrá remedio alguno en la adversidad...”. Por eso es que “... un príncipe prudente debe pensar en un procedimiento por el cual sus ciudadanos tengan necesidad del Estado y de él siempre y ante cualquier tipo de circunstancias; entonces siempre le permanecerán fieles...” (P: IX).

13 El príncipe debe “... evitar ser odiado...” (P: XVII) o “... despreciado...” (P: XIX), y “... debe tener poco temor a las conjuras cuando goza del favor del pueblo; pero si éste es enemigo suyo y lo odia, debe temer de cualquier cosa y a todos...” (P: XIX).

14 *El Príncipe* está dedicado, como era costumbre en la época, a Lorenzo II de Médicis, nieto del Magnífico, a quien le pide que “... [a]coja, pues, Vuestra Magnificencia esta pequeña ofrenda [para que] alcancéis esa grandeza que la fortuna y las restantes cualidades Vuestras os prometen...”. En la Dedicatoria de los *Discursos*, tiene una idea totalmente diferente pues afirma: “... pienso que me aparto del uso común de los que escriben, los cuales suelen dedicar sus obras a algún príncipe y, llevados por la ambición y la avaricia, alaban en él todas las virtudes, cuando deberían vituperarlo por sus faltas...”.

15 Es difícil ser libre si no se está acostumbrado a ello, además, “... un pueblo donde por todas partes ha penetrado la corrupción no puede vivir libre...” (D: I,16); asimismo, un pueblo corrompido que ha alcanzado la libertad es muy difícil que la mantenga pues la corrupción y la falta de aptitud para la vida libre nacen de la desigualdad que existe en la ciudad y, para establecer la igualdad, es preciso recurrir a muchas medidas excepcionales...” (D: I,17). La libertad es tan consustancial a un pueblo de espíritu libre que la única manera que un príncipe puede conservar el poder sobre sus ciudadanos es: destruirlos, ir a vivir allí o dejarlos vivir con sus leyes, por lo tanto, “... [m]ás fácilmente se conserva una ciudad acostumbrada a vivir libre a través de sus propios ciudadanos que de cualquier otra manera...”; en cambio, si están acostumbrados a vivir bajo el dominio de un príncipe “... y vivir libres no saben...”, es mucho más fácil mantenerse en el dominio, mientras que a los primeros “... no les abandona ni muere jamás la memoria de la antigua libertad...” (P: V).

16 Pero, debe tenerse en cuenta que “... [n]o se puede llamar perfecta una república que no haya previsto todo en sus leyes [y] nunca debería suceder nada que obligase a gobernar con medidas excepcionales...” (D: I,34).

17 “... Un ciudadano perverso no puede obrar mal en una república que no esté corrompida...” (D: III,8); además, “... las repúblicas generan más hombres de talla que las monarquías, porque si normalmente en aquéllas se valora el mérito, en éstas se teme...” (A: II).

18 "... Donde existe igualdad no se puede establecer un principado, y donde no la hay no se puede establecer una república [...] conviene, pues, fundar una república donde existe o se ha instituido una gran igualdad y, en cambio, establecer un principado donde la desigualdad sea grande, pues de otro modo se hará algo desproporcionado y poco duradero..." (D: I,55).

19 Los que fundan una república o un reino son "... hombres dignos de elogio...", mientras que los tiranos son condenables, "... y si se reflexionase profundamente sobre la historia de todos estos, sería suficiente enseñanza para cualquier príncipe mostrarle el camino de la gloria o el vituperio, de la seguridad o el temor...". Hay dos caminos para los hombres de Estado: "... uno que les hará vivir seguros y, tras la muerte, volverse gloriosos, y otros que les hará vivir en continuas angustias y los dejará, después de la muerte, en sempiterna infamia..." (D: I,10).

20 Un gobernante debe garantizar el orden y crear las condiciones que permitan la actividad económica de los súbditos, esto es, un desarrollo de tipo burgués por lo cual "... debe procurar a sus ciudadanos la posibilidad de ejercer tranquilamente sus profesiones, ya sea el comercio, la agricultura o cualquier otra actividad, sin que nadie tema incrementar sus posesiones por miedo a que le sean arrebatadas o abrir un negocio por miedo a los impuestos..." (P: XXI).

21 Su saber político y sus enseñanzas servirían tanto a los tiranos como a los gobernantes justos, esto es, siguiendo el símil de Schopenhauer, Maquiavelo enseña el arte de la esgrima, pero no enseña al espadachín si debe emplearla en defender a inocentes doncellas o en asesinar venerables ancianos. Ernst Cassirer señala que Maquiavelo contemplaba la política como un juego de ajedrez: conocía sus reglas y las analizaba, pero nunca se le ocurrió exigir su cambio.

22 "... Creo que así como la naturaleza ha hecho a los hombres diversos rostros, también les ha dado diversos ingenios y diversa fantasía [...] Y como por el otro lado los tiempos son varios y los órdenes de las cosas son diversos, ve cumplírsele al punto sus deseos y feliz es aquel que hace concordar su modo de proceder con el tiempo y, por el contrario, es infeliz aquel que con sus acciones diverge del tiempo y del orden de las cosas. Por lo cual bien puede ser que dos, obrando diversamente, tengan el mismo fin, porque cada uno de ellos puede conformarse a lo que le ha tocado, porque hay tantos órdenes de cosas como provincias y estados. Pero como los tiempos y las cosas, universal y particularmente, mudan con frecuencia, y los hombres no mudan sus fantasías ni sus modos de proceder, sucede que uno tiene un tiempo buena fortuna y un tiempo mala. Y verdaderamente quien fuese tan sabio que conociese los tiempos y el orden de las cosas y se acomodase a ellas, tendría siempre buena fortuna..." (E: invierno de 1512-13).

23 En última instancia, la victoria será siempre de la fortuna pues no hay virtud humana tan dúctil como para acomodarse a todas las variaciones, de ahí

que Maquiavelo concluya que "... -al cambiar la fortuna y al permanecer los hombres obstinadamente apegados a sus modos de actuar- prosperan mientras hay concordancia entre ambos y vienen a menos tan pronto como empiezan a separarse..." (P: XXV).

24 En la relación entre la virtud y la fortuna resulta claro que, sin la Ocasión (hija de la diosa Fortuna), ésta no puede actuar: las ocasiones se dan rara vez y los hombres con virtud fuera de lo común, los eficaces, son los que saben "... reconocer la oportunidad que se les brinda..." (P: VI).

25 Una característica del Renacimiento y preocupación de Maquiavelo es la búsqueda de modelos y arquetipos en la historia, ya que "... en la antigüedad se hacía todo mejor y más sabiamente..." (A: VI); "... un hombre prudente debe discurrir siempre por las vías trazadas por los grandes hombres e imitar a aquellos que han sobresalido extraordinariamente por encima de los demás..." (P: VI), esto es, "... tomar como modelo a alguien que con anterioridad haya sido alabado y celebrado..." (P: XIV).

26 El fragmento más conocido y citado de la obra de Maquiavelo acerca de la naturaleza humana es cuando afirma que "... en general se puede decir de los hombres lo siguiente: son ingratos, volubles, simulan lo que no son y disimulan lo que son, huyen del peligro, están ávidos de ganancias; y mientras les haces favores son todos tuyos, te ofrecen la sangre, los bienes, la vida, los hijos [...] cuando la necesidad está lejos; pero cuando se te viene encima vuelven la cara...". De esta visión pesimista surge un célebre comentario que se convirtió en proverbio: "... los hombres olvidan con mayor rapidez la muerte de su padre que la pérdida de su patrimonio..." (P: XVII). En otros textos no es más optimista y considera que por "... la naturaleza envidiosa de los hombres [...] todos están más dispuestos a denostar que a loar las acciones ajenas..." (D: Proemio); además, están "... más inclinados al mal que al bien..." (D: I,9) y su naturaleza es "... ambiciosa y suspicaz y no saben poner límites a la fortuna..." (D: I,29).

27 La *simonía* consiste en obtener ganancias con objetos sagrados, comprar o vender prebendas, beneficios o ascensos eclesiásticos. El término proviene de Simón el Mago, oriundo de Samaria (c. siglo I d.C.), quien trató de adquirir poderes apostólicos a Pedro y Juan (*Hechos*, 8: 9-24).

28 Una de las frases que, hipócritamente, horrorizó es la necesidad del príncipe nuevo de extinguir "... el linaje del príncipe anterior..." (P: III). Maquiavelo simplemente sienta como norma política lo que de hecho se observaba en la Italia de su época y a través de la historia.

29 Existen dos modos de dominación y gobierno en los principados: "... o por un príncipe y algunos siervos [o] por un príncipe y por nobles [y] los ejemplos de estas dos clases de gobierno son la monarquía turca y el rey de Fran-

cia...” (P: IV). Estas dos formas podrían denominarse sultanismo, donde el pueblo no cuenta, y feudalismo o estamentarismo, en donde el poder está fragmentado y que dio lugar a una distinción que contrastaba los regímenes de Oriente y Occidente. El primer caso es como una pirámide con un poder centralizado y verticalizado y, en el segundo, el poder está más dividido entre los nobles. Maquiavelo presenta aquí a Francia, pedagógicamente, como un Estado feudal, aunque en otros textos la muestra como un Estado absolutista moderno con un alto grado de concentración del poder real.

30 Los humanistas florentinos, liderados por Leonardo Bruni (1369-1444), alababan el valor de la libertad y los valores humanos que representaba. Su modelo era la República Romana y, así, los ciudadanos de Florencia comenzaron a formular un nuevo ideal político de peculiar importancia para su futuro. Además, conscientes de la particular identidad florentina, revalorizaron su pasado, de lo cual emergió una rica tradición historiográfica que culminó en el siglo siguiente con Maquiavelo, quien conoció e intercambió cartas con los dos historiadores más famosos de la época, Francisco Guicciardini y Francisco Vettori. Asimismo, el Secretario sostenía que la historia es útil porque puede ayudarnos a resolver nuestros propios problemas ya que creía que, pese a todos los cambios, el mundo es esencialmente el mismo puesto que las pasiones de los hombres no varían.